

**LOS BORDES DEL VESTIGIO, ESCRIBIR “EL VERANO QUE  
HIZO APARECER VENADOS”**

**CRISTIAN CAMILO MAYA ENRÍQUEZ**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE EDUCACIÓN  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN LENGUA CASTELLANA Y  
LITERATURA  
SAN JUAN DE PASTO**

**2018**

**LOS BORDES DEL VESTIGIO, ESCRIBIR “EL VERANO QUE  
HIZO APARECER VENADOS”**

**Trabajo de grado para optar por el título de Licenciado en Lengua Castellana y  
Literatura**

**CRISTIAN CAMILO MAYA ENRÍQUEZ**

**Asesor: Mg. Mario Fernando Rodríguez Saavedra**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE EDUCACIÓN  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN LENGUA CASTELLANA Y  
LITERATURA  
SAN JUAN DE PASTO**

**2018**

## **NOTA DE RESPONSABILIDAD**

**“LAS IDEAS Y CONCLUSIONES APORTADAS EN LA TESIS DE GRADO  
SON RESPONSABILIDAD DEL AUTOR”**

Artículo 1º del acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanada por el  
Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de aceptación

---

19 de noviembre de 2018

86.5

DR. NELSON TORRES VEGA  
Presidente del jurado

DR. MARIO ERASO BELÁLCAZAR  
Jurado

MG. SERGIO ANTONIO PADILLA  
Jurado

San Juan de Pasto, Noviembre de 2018

## **RESUMEN**

Las últimas décadas han sido relevantes para la crónica porque han conseguido, más que nunca, reafirmarla dentro del terreno de la literatura, algo que ya se venía dando de mucho tiempo atrás, pero sin la claridad del nombre propio, de los distingos, de los alcances y las limitaciones, que tiene hoy. En consecuencia, las siguientes páginas están hechas con la conciencia de que la marcada inclinación política y periodística de la crónica no la pueden separar de su búsqueda estética; y que esa brújula es la que ha hecho posible, aquí, la exploración del desarraigo en Yuracueva, corregimiento de El Peñol (Nariño), con el fin de hacer creación literaria.

## **PALABRAS CLAVE**

Crónica, literatura, desarraigo y creación literaria

## **ABSTRACT**

The last decades have been relevant for the chronicle because it has get, more than ever, to reaffirm it within the field of literature, something that has been happening for a long time, but without the clarity of the proper name, of the distinctions, of the scope and limitations, which have today. Consequently, the following pages are made with the awareness that the chronic political and journalistic inclination of the chronicle can not separate it from its aesthetic search; and that this compass is the that has made possible, here, the exploration of uprooting in Yuracueva, borough of El Peñol (Nariño), with the finality to make literary creation.

## **KEYWORDS**

Chronicle, literatura, uprooting and literary creation

**Tabla de contenido**

INTRODUCCIÓN .....	9
CAPÍTULO 1: PRELIMINARES .....	12
1.2 Tema .....	12
1.3 Título .....	12
1.4 Descripción del problema .....	12
1.5 Planteamiento del problema .....	15
1.6 Objetivos.....	15
1.6.1 Objetivo general. ....	15
1.6.2 Objetivos específicos.....	16
1.7 Justificación .....	16
CAPÍTULO 2: MARCO REFERENCIAL.....	20
2.1 Antecedentes.....	20
2.2 Marco legal .....	23
2.4 Marco teórico conceptual .....	24
CAPÍTULO 3: DISEÑO METODOLÓGICO .....	43
3.1 Paradigma de la investigación .....	43
3.2 Tipo de investigación.....	43
3.3 Método de investigación.....	44

3.4 Técnicas para la recopilación de información .....	45
3.4.1 Instrumentos de recolección de información.....	47
3.5 Estrategia propia de Creación.....	47
CAPÍTULO 4: PRODUCCIÓN .....	53
CAPÍTULO 5: REFLEXIÓN .....	119
CONCLUSIONES .....	128
RECOMENDACIONES.....	130
BIBLIOGRAFÍA .....	131
CIBERGRAFÍA.....	133
ANEXOS .....	135

**Lista de anexos**

Anexo A. Fotografías de campo.....	136
Anexo B. Imágenes: Diario de campo.....	144

## INTRODUCCIÓN

El trabajo de investigación que se presenta en seguida, nace de las inquietudes pedagógicas, y sobre todo literarias, que se han incubado en los años de la licenciatura, y que han hecho parte del sentido personal de la formación recibida; es el fruto de una iniciativa que busca la composición de una obra como forma de imbricar en lo más profundo del ejercicio, la reflexión. Para ello, lo que se hace es pretender no aislar componentes sino aunarlos en la escritura, en crear bajo ese oficio las conexiones que posibiliten lo otro, lo demás, el fondo.

Entonces, los siguientes capítulos, son el impulso de la revisión bibliográfica, la congregación de experiencias, y la escritura y reescritura; son esos factores una constante, que se empieza a manifestar desde el primer capítulo, donde se hace referencia al tema, al título, al nacimiento del problema, al plan de objetivos y a la justificación; de estos, cabe destacar la intención de establecer una unión literaria con un tema que puede sonar muy político: el desarraigo.

Por su lado, en la segunda sección se habla del marco referencial que integra una serie de antecedentes importantes, no solo de tipo académico sino, también, en el propio ámbito de la literatura, antecedentes que luego vendrán a incidir directa o indirectamente en el marco teórico conceptual, un texto que además de indagar por los conceptos de interés (desarraigo y crónica), induce a ver una narrativa del desarraigo, y que deja claro que *“El verano que hizo aparecer venados”*, tiene la particularidad de la búsqueda estética por encima de la informativa. Cabe destacar la inexistencia del marco contextual, pues

considerando que por ser éste un trabajo de creación literaria, donde es absolutamente necesaria la descripción de entornos y sujetos, se hace irrelevante establecer un contexto que, por ser Yuracueva un lugar deshabitado, porque las personas que hicieron parte del estudio viven en diferentes lugares, porque comprendiendo la importancia del "yo" en la crónica, el contexto del autor vendría a ser ineludible, y que dar idea del contexto hace parte de los principales retos narrativos de la producción, esquematizar en un marco, lo que es parte de los logros: dibujar con la palabra las márgenes, puede resultar, más, una frivolidad.

Luego, en el tercer capítulo, se muestra un diseño metodológico pensado desde los conceptos de la investigación cualitativa, capaz de permitir, a todos los actores del estudio, debelarse en su esencia reveladora, y fundamento de la reflexión. Junto con ello está la estrategia propia de creación, guía importante para la escritura como tal, porque ahí se plantea la relevancia del "andar", lo que significa que el escritor sale de su zona de confort para mirar y oír lo que sucede afuera; en consecuencia, mucho de lo que está en la producción es gracias a la ejecución de esa ruta. No obstante, *"El verano que hizo aparecer venados"*, también obedece al azar, a lo que sin quererlo una tarde o una mañana, de casualidad, le ofreció y que era el germen para un párrafo, una frase, una reflexión o toda una de sus tres partes en las que está dividido el capítulo cuarto, la creación literaria. En ella, prevalece la convicción de que es importante contar historias, recuperar la narración, para encantar, conmover y hacer memoria, valiéndose de las artimañas de la literatura, y de las técnicas del periodismo que se pueden resumir como un trabajo de campo que acerque a la realidad de los implicados, tanto como sea posible.

Por último, en el quinto capítulo se encuentra la reflexión, un ensayo que habla de la relación entre el escribir o el aprender a contar historias con la labor docente; aunque más allá de eso, se aprovecha para hablar del escamoteo implícito en el desarrollo de las investigaciones, del escepticismo frente a miradas inocentes del ejercicio didáctico y de la rotunda importancia del trabajo del cronista en medio de la tanta información sin contexto e inane, a la que se nos expone diariamente.

Siendo así, las cinco partes fundamentales de este proyecto de grado buscan ser un todo, donde el tiempo (los tiempos) no marque secciones diferentes, donde las lecturas que se referencian, sean un alimento para otros como lo fueron para nosotros, donde no todo quede dicho pero anime a alguien a acabar de decirlo, donde además de revisiones hay reflexiones, donde está la mirada propia y la imitación, la descripción y la elipsis, la tristeza y la broma; y donde, por qué no, puede haber algo con valor literario.

## CAPÍTULO 1: PRELIMINARES

### 1.2 Tema

Creación literaria – Narrativa – (Crónica)

### 1.3 Título

LOS BORDES DEL VESTIGIO, ESCRIBIR “EL VERANO QUE HIZO APARECER VENADOS”

### 1.4 Descripción del problema

Desde los cronistas de indias, pasando por los modernistas, los de la vanguardia, los que podrían llamarse nuevos periodistas, y los actuales, “los nuevos nuevos”, han trabajado, con diferencias, sobre la misma base extraña, incierta, que encierra la crónica: contar la realidad; todos cronistas, pero solo algunos con la certeza de escribir de una manera aceptada por el público lector, y solo algunos pocos con la certeza de la acogida en los círculos literarios, como sucede ahora con la crónica. De tal manera que, si hace algunos siglos los cronistas de indias tuvieron al frente la herramienta necesaria e inconscientemente fundacional, hace algunas décadas, la escritura, fue harto política y laboriosa (decir política, casi que es redundar) y hace algunos años la producción cronística

fue constreñida y con una sugerente y antipática etiqueta de anacronismo, en la actualidad es exótica y fuerte.

En el prólogo a la reedición, hecha a *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas* (2015), Salcedo Ramos, A. recuerda, instructivamente, el periplo para la publicación del libro antes mencionado: “a las editoriales no les interesaba mi manuscrito”. De ese desinterés de no hace más de dos décadas, puede decirse que queda muy poco o nada, más bien, en la fecha, la crónica es una pieza indispensable en la literatura latinoamericana y mundial.

El estado actual del periodismo narrativo, celebrado, difundido, promocionado, arraigado, moderno, literario y al que sin duda le va muy bien la palabra crónica, está encumbrado: hay maestros del género que mantienen un público importante, en vilo, hay alumnos que esperan, que tratan, hay talleres, hay premios, hay antologías corporativas, hay medios, hay interés universitario por lograr una aprehensión desde diversos enfoques y hay, sobre todo, un acervo variopinto, una producción que se identifica por disgregarse.

Sin embargo, Caparrós (2016), por ejemplo, mira, con cierto escepticismo, en ese “boom” una “eclosión cool de la crónica”, la preocupación es significativa si se tiene en cuenta que el problema parte de la mirada, de los ojos con que se mira la crónica en su posibilidad con el mundo: “en lugar de contar nuestras sociedades se dedica a contar sus rarezas”. Quizá la vastedad y la categoría imbatible de reina, apoltronada en la comodidad como una piedra vuelta joya, no sea un aliciente de la crónica sino un alarma que hace llamado al cronista como lector del entorno.

A tal llamado *Los bordes del vestigio*, escribir “*El verano que hizo aparecer venados*” intenta hacer oídos y pensar en esta región que ofrece una vasta serie de posibilidades narrativas, sobre las cuales se debe reflexionar con el ánimo de crear más conocimiento del lugar que habitamos. Diría Muñoz, L. (2013) “Esa sensibilidad de contemplar con sentido la región, el municipio, la casa, es necesaria para construir nuevos paradigmas de ciudadanía. (p. 8) Con esa premisa se orienta este trabajo, logrando desde la investigación-creación el resultado en forma de crónica, de las “realidades” del desarraigo, de los sujetos de la ex-comunidad de Yuracueva en el municipio de El Peñol Nariño.

Considerando que ciertas personas y comunidades no han tenido espacios en la prensa, en el mundo noticioso, y que sin poder entenderse esto como tal, se puede ver aquí, como se quiera, la trepa de la curiosidad y el afán literario para hacerle, tras el precario ejercicio estético, espacio a la narración para informar. Y además, haciendo real la necesidad de implementar iniciativas que vayan en pro de una apertura e integración de las periferias marginales dentro de la academia, no sólo como objetos de estudios sino como protagonistas y con la autonomía para contar *su* historia. Julio Villanueva dice que “un cronista tiene el privilegio de contar no sólo lo que sucede, sino sobre todo lo que *parece* que no sucede. (Jaramillo, D. ed, 2012, p. 589) por tanto, puede considerarse, a la crónica, como la prensa subversiva que se ocupa de los que no tienen espacio en los medios de comunicación preponderantes; los medios que cumplen su función mediatizada de mostrar a los obtentores del poder y personajes de farándula, dejan al resto la “opción del desastre” para figurar en la pantalla o en el periódico.

Enfrentar el silencio de los caminos de Yuracueva con la locuacidad de los personajes que la habitaron hace parte de la simbiosis entre lugares y hombres, que no deja de contar.

Entre todas las historias dolorosas de nuestro país el desarraigo es una de ellas, y de hecho es la más constante. Es gracias al desplazamiento forzado que Colombia “pasó de ser un país eminentemente rural a un país marcadamente urbano en menos de 25 años” Pizarro, E. (1999). Es por el conflicto armado (el derrotero nuestro) y una intrincada historia que de ahí se descuelga, pero hay además otros motivos, indudablemente, otros tipos de violencias además de la armada, otros actores y lo interesante: una nueva forma de contar el lugar perdido. “No es fácil llorar en las ciudades adoptivas así prologa Peri Rossi, C. (2003) negando sus lágrimas pero abriendo puerta a sus poemas, porque “cuando una palabra escrita / en el margen en la página en la pared / sirve para aliviar el dolor de un torturado, / la literatura tiene sentido”. El desarraigo es violento y genera extrañeza, el sujeto hondura en nostalgia y verbaliza la antigua morada, porque no hay otra manera de volver.

## **1.5 Planteamiento del problema**

¿Cómo tomar el tema del desarraigo en la comunidad de Yuracueva (municipio de El Peñol – Nariño), para escribir la crónica literaria “El verano que hizo aparecer venados”, y para generar narrativas alternas frente a la historia?

## **1.6 Objetivos**

### **1.6.1 Objetivo general.**

Escribir una crónica literaria sobre el desarraigo en la comunidad de Yuracueva, municipio de El Peñol Nariño, que estará soportada sobre la rememoración del desalojo, para enriquecer las narrativas del departamento.

### **1.6.2 Objetivos específicos.**

- Construir sentido sobre la importancia de la crónica literaria mediante los desafíos intelectuales y prácticos que se abordan para entender el desarraigo.
- Identificar herramientas narrativas, propias de la literatura, mediante la escritura de la crónica.
- Contribuir desde la creación literaria a que se vea nuestra región como el camino a infinitos campos artísticos, y que a la par fortalezcan su memoria histórica.
- Proponer una reflexión sobre la relación entre narración y educación.

### **1.7 Justificación**

Ver, en este trabajo, a la crónica como una de las posibilidades que mejor permiten la orientación hacia dinámicas de memoria colectiva, de la interiorización de nuestras sociedades, de reconstrucción o construcción de sentido y de problematización reflexiva de los acontecimientos diarios, no es sino reconocer que hay un legado amplio, diseminado por el mundo en forma de historias, de mujeres y hombres que no han hecho más que hacer

evidente su curiosidad de niños y su tenacidad empedernida de obreros. Un legado al cual es necesario apelar porque desacomodado ajusta su calidad en la inmersión, porque se instala en la versión no oficial de los hechos, porque no sólo muestra sino que interpreta, porque comprende al cronista como reportero susceptible, porque la crónica intenta entender lo urbano ocupándose de lo rural, porque descubre el centro desde la periferia.

Se entiende entonces la necesidad de elaborar territorios dialógicos, que posibiliten la comprensión de los procesos que se desarrollan en el entorno, pues es de nuestro entender que la historia tal como la conocemos hoy, no es más que el conjunto de sucesos que acaecieron a un grupo reducido de personajes. La escritura cronística, en estos términos, nos justifica no como escritores o estudiantes de literatura, sino, y únicamente, como moradores. Es una forma de existir que nos permite erigirnos sobre nuestro entorno y hablar de él para describirlo, conocerlo y contarlo.

*Los bordes del vestigio, escribir “El verano que hizo aparecer venados”* es un intento de ello, un esfuerzo honesto en respuesta de la curiosidad que ha despertado un día el pequeño territorio de Yuracueva. Pero ¿qué es Yuracueva? y ¿qué merece ahí la atención?

Primero habrá que considerar que es con menos acertada claridad que la permitida por el azar, que el cronista deja ubicarse para ver y sentir, que el cronista puede buscar pero que es la vida, más bien, la que le impone lo buscado; que se va, sencillamente, tras lo que ha encendido la curiosidad.

En el caso particular de este trabajo, vamos tras la pista de una desgracia más bien cotidiana, sosa, de ello se es consciente. No hay, tal vez, en estas crónicas, hechos que merezcan una primera plana hoy porque no hay así mismo en las vidas de los protagonistas

más que la marginalidad. Porque las personas aquí implicadas no tienen en su prontuario el abismo de la masacre o la cumbre del triunfo, de la plenitud, solo la horizontalidad de una derrota doméstica. Porque *“El verano que hizo aparecer venados”* no intenta nombrar la miseria presente de nadie, sino el pasado; solamente el pasado inaprensible. Así como la derrota única de sus vidas (que es también su triunfo) cuando dejaron la tierra hecha un baldío, hace ya casi medio siglo.

Entonces Yuracueva no es un cerro clavado en el cauce de tres ríos; es un reducido grupo de personas contando lo grande de su comunidad, engrandeciendo su alegría o su tristeza, todo, a contra de aceptar el desierto que es hoy su antigua casa, negando el olvido y recordando la derrota, y añadiendo, a veces, la posibilidad de que quizás, estas páginas tengan algo de baldío, de estéril, porque además de no ser posible contar con todas las voces de la comunidad tampoco se ha podido ver mucho, sólo la soledad, el sol atezado, la niebla de la tarde, el viento y las huellas borrándose en los caminos. Siendo así, se busca reconstruir, desde los pocos testimonios que se han podido ubicar hasta el momento, la historia comunitaria, pensando siempre en qué ocasiona el desarraigo, en cómo lo asumimos y sobretodo en cómo lo contamos.

Por otro lado, es necesario referirse a la pertinencia que, en conformidad con los procesos llevados en el programa de Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura hasta el momento, esta investigación guarda. Es por eso que, con este trabajo, no únicamente se ayuda a vislumbrar posibles caminos para posteriores investigaciones en el campo de la crónica, ámbito del conocimiento por fortuna accesible y válido dentro de nuestra universidad, sino que se cumple con la academia, en su función con la región o en su empeño de emprender mayores y reales esfuerzos por conectar su hacer reflexivo e

investigativo con los diferentes procesos que se gestan en las subregiones que la orbitan, haciendo del investigador un actor crítico y con sentido social, capaz de entender su vocación de maestro en la acción con los otros.

## CAPÍTULO 2: MARCO REFERENCIAL

### 2.1 Antecedentes

Tanto en nuestro país, como en toda la América del Sur, los antecedentes de crónica son variados. En el presente trabajo, *Los bordes del vestigio, escribir “El verano que hizo aparecer venados”*, tales antecedentes son vitales en el momento de fijar las metas, por tanto que se busca plantear el espacio que habitamos como *otro* que genera, cambia, viola, creando en el ser, apegos y memorias. En esa medida es necesario reconocer la importancia que han tenido para la elaboración de esta investigación, los autores que ven en la crónica una forma de contar el entorno y los sujetos allí envueltos, con una tenacidad infatigable, y los estudiosos que han analizado el desarraigo como una problemática de diversas dimensiones. Destacamos, entonces, las siguientes logradas investigaciones:

En el escenario internacional se destaca *La crónica latinoamericana como espacio de resistencia al periodismo hegemónico*, una investigación realizada por Callegaro, et al. (2011), Universidad Nacional de la Matanza, Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales. Este trabajo hace un recorrido completo por la evolución de la crónica, finalizando en la actualidad, su importante lugar que ocupa en Latinoamérica, tanto en la literatura como en el periodismo. Presenta la crónica como una posibilidad diferente de hacer noticia, una forma digna de los medios de comunicación.

—Nada se ha perdido definitivamente, mientras no se ha perdido el impulso libidinal  
Peri Rossi, C. (2003). Así se refiere la poeta, en el prólogo de su libro *Estado de Exilio*, cuando habla de la tragedia que significa el exilio y cómo ni siquiera lo más terrible es tan

terrible, si el amor puede, todavía, sentirse. Su trabajo poético está construido sobre la intención de la catarsis, y, sobre todo, bajo el sentido de humanidad que despierta en la autora el dolor de los otros, de sus compatriotas que caminan desperdigados y dolidos por la calles de las ciudades Europeas.

El estudio *Estéticas del desarraigo*, realizado por el Colombiano López, Ó. (2008), ayuda a determinar la violencia contenida en el fenómeno del desarraigo, y además, propone como un componente transversal de todo fenómeno social la participación de las narrativas en su comprensión. Es un vasto recorrido por la violencia en Colombia: sus actores, sus víctimas y el desastre implícito; pero sobre ello es un recorrido por su gran conocimiento de la literatura, y el arte en general, estableciendo o dibujando en el país un mapa de territorios abandonados por la memoria, otorgados a un insufrible olvido.

Como ejemplo de la crónica universitaria en la ciudad de Cali, Kremer, H. (2008), impulsa desde el “Taller de Crónicas” la publicación de *El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas*, un formidable conjunto de relatos reales que “Nos retrata en lo malo y en lo bueno, nos ayuda a comprender la cultura que nos tocó en suerte, nos ofrece algunas claves importantes para descifrar, en su esplendor y en su desastre, el país urbano al cual pertenecemos” Salcedo, A. (Kremer, H., 2008, p. 13).

Uno de los mejores exponentes en la actualidad de las letras colombianas es, sin duda, Alberto Salcedo Ramos, sus crónicas cargadas de exhaustiva investigación y profunda reflexión son un paradigma universal del periodismo narrativo. *Un país de mutilados*, es una crónica que integra los testimonios de tres personajes, víctimas del conflicto armado en Colombia, con su itinerario (el de Salcedo Ramos) como agudo observador por el oriente

antioqueño. Su acostumbrado relato cargado de detalles y de análisis es conmovedor y un singular homenaje a las víctimas, hecho desde la rememoración como forma de negarse al olvido.

*Volver para qué (crónica sobre el desarraigo)*, es un interesante trabajo periodístico de Rivera, D. (2014) realizado en el oriente antioqueño, región fuertemente azotada por el conflicto. Se reflexiona sobre esa voz del pasado que sigue llamando desde adentro, pero a cuyo encuentro es difícil acertar. Es un retrato fuerte de la violencia inmersa en el desplazamiento, descubierto mediante la habilidad narrativa que maneja con acierto el autor, quien desde su punto de vista imprime en la lectura su aguda reflexión.

En el contexto regional es importante mencionar *La crónica urbana, un medio para construir memoria a través de una mirada semiótica en la ciudad de Pasto*, trabajo realizado por Escobar, A. y Ortega, N., (2015), en la Facultad de Educación de la Universidad de Nariño. Es una investigación que haciendo una lectura semiótica de la ciudad de Pasto utiliza la crónica urbana para construir memoria y reconocimiento del entorno-acontecimiento San Juan de Pasto. Se realiza con los estudiantes del grupo de investigación Anadromus del Colegio Filipense, con dos propósitos didácticos y específicos: en primer lugar, y a través de la escritura de crónicas urbanas, mejorar los procesos de escritura de los estudiantes, y en segundo lugar, hacer memoria sobre la ciudad que habitamos.

Pero no solo se ha hecho alusión a la crónica en su potencial didáctico, en la Facultad de Educación de la Universidad de Nariño también se ha escrito "crónica literaria", a esta intención obedecen los trabajos de grado: *Hilo de voz (crónicas de amor y des-amor en*

*tono de YO mayor*) Chamorro, A. y Marcillo, A. (2017) y *Relatos, memorias e identidades de las mujeres campesinas pertenecientes al Coordinador Nacional Agrario (CNA) de Nariño – Crónicas* Guerrero, M. (2017). El primero es una intrépida propuesta que aborda uno de los temas más tocados por la literatura y el arte en general: el amor. Son historias que vivifican la voz de los mayores, y que con una prosa trabajada (con mayor o menor acierto se valen de los recursos literarios), logran una idea relativamente poderosa de las protagonistas.

El segundo, tiene para el interés de ésta investigación, características enriquecedoras; en primera instancia, el uso de la primera persona que embarga cada palabra con la fuerza de las experiencias vitales, dejando que su contar trasciende lo mero informativo y se asuma, en su parca exploración literaria, una hondura que se volca hacia la vivencia de lo contado, que es también una búsqueda en la crónica: cómo conozco.

## **2.2 Marco legal**

En este ámbito, la normatividad que sostiene la investigación se valida en la Constitución Política de Colombia, específicamente en el Artículo 20 que dice: “Se garantiza a toda persona la libertad de expresar y difundir su pensamiento y opiniones (...)”; y en el Artículo 71 cuando promueve que “La búsqueda del conocimiento y la expresión artística son libres (...)”. Nombrar los personajes de la historia no contada, es igual de importante que referir a los próceres patrios, y ello debe darse en un escenario donde la libertad de pensamiento esté consagrada. En conformidad con lo anterior, la Ley 115 de Febrero 8 de 1994, establece en su artículo 5 titulado “los Fines de la Educación”

que la educación estará encaminada a ciertos objetivos entre ellos “La adquisición y generación de los conocimientos científicos y técnicos más avanzados, humanísticos, históricos, sociales, geográficos y estéticos, mediante la apropiación de hábitos intelectuales adecuados para el desarrollo del saber”.

## **2.4 Marco teórico conceptual**

La crónica, esa forma particular nacida en la casa del periodismo, que se ha manifestado con su manejo del lenguaje y sus profundas reflexiones sobre la forma de considerar eso tan abrupto llamado “realidad”, está en su momento cumbre y sin embargo sigue perteneciendo a un estado claroscuro.

Etimológicamente, la palabra proviene del vocablo latino *chronicus*, que significa aquello “que sigue el orden del tiempo”, aun así, el periodismo moderno ha mantenido el nombre de “crónica” –sin la exigencia cronológica–, para referirse a formas de escritura que van desde el artículo de opinión hasta la columna personal (Vallejo, 1997); a Caparrós la palabra crónica le gusta porque en ella acecha cronos, pues cada crónica, dice, “es un intento siempre fracasado de atrapar el tiempo” (Jaramillo, D. ed, 2012, p. 608). Pero Caparrós está muy cerca en el tiempo, en este tiempo, que pertenece a la época romántica, a lo *Disney*, del género; si se retrocede, si se baja al fondo, al origen, la palabra puede aplicarse a narraciones de hechos, que se pueden decir, y que la escritura organiza para perpetuar, con el fin de dar noticia de algo. Si indagamos por esos lados, podremos concertar que se está hablando tanto de un tipo de narración literaria como informativa.

Entonces, se puede acordar, de la crónica, que es un texto híbrido. Pero abstenerse a discutir sobre su identidad como género, permite empezar a tratarla como una nueva forma de representación, más allá de lo mimético, y solo posible con una real ambición perceptiva. Esto se desarrolla a plenitud, y se da a conocer mundialmente alrededor de la primera mitad del siglo XX. No obstante, se sabe que su madurez es posible gracias a un largo listado de autores (tanto de ficción como de no ficción) y momentos que dieron pie a una forma de escritura desde la realidad y la interpretación.

No se debe desconocer que estudiosos del tema, como Susana Rotker (2005), proponen a los escritores modernistas, de la talla de José Martí y Rubén Darío, como los iniciadores del género, así como se lo conoce hoy en día. Sin embargo, no se puede obviar que fueron los escritores del Nuevo Periodismo norteamericano quienes llevaron hasta los máximos horizontes los acontecimientos que su día a día, marcado por la difícil situación internacional, la globalidad de la noticia, el auge de diferentes medios informativos, les obligó a ser testigo. Fueron ellos, los que al ver la generalizada pobreza del lenguaje con que los diarios informaban a sus lectores, consideraron la posibilidad de insertar una nueva construcción del lenguaje, otros medios de expresión. Narrar un hecho con la frialdad de los datos y números, no mitiga la necesidad de saber qué pasa, debe desarrollarse otra forma de contar la noticia (ligado al contexto, los detalles, el alumbrado, el lugar sociocultural y psicológico), apurando esos vacíos del periodismo tradicional y a la vez haciendo uso de ellos para expresar su forma de ver el mundo. Esta renovación se conoce como Nuevo Periodismo, y de ello dan cuenta las palabras de Kapuscinski, R (2003):

El nuevo periodismo [...] nació en la década de 1960. Norman Mailer, Truman Capote y Tom Wolfe, entre otros escritores norteamericanos, crearon este nuevo

género, que se dio a conocer con el nombre de *New Journalism*, porque luego de años de trabajo –varios de ellos, inclusive, como corresponsales de guerra en el Pacífico– llegaron a la conclusión de que el lenguaje periodístico tal como lo concebían los diarios no era capaz de reflejar la realidad en todos sus matices. (p. 39)

Cabe resaltar que paralelamente al movimiento norteamericano, en Latinoamérica se desarrolla un estilo de escritura muy semejante, homónimo al estadounidense e inaugurado por el argentino Rodolfo Walsh, evidenciando que el arte es una sinergia que se hace simple y pura con la sola fuerza de la sensibilidad.

El Nuevo Periodismo como movimiento, importante, entre otras cosas, por ser el antecedente inmediato de la crónica actual o de lo que se conoce hoy como “crónica, fue una renovación de los diarios, en cuanto al lenguaje usado, porque integró herramientas propias de la literatura. Renovación que no ha caído en desuso, pues conviene citar al actual cronista Juan Villoro (2012, p. 577) con su reconocida asimilación de la crónica como el ornitorrinco de la prosa, por tomar recursos de la novela, el cuento, el teatro, el ensayo, etc. y acordando que tales influencias son en el uso equilibrado, las que dan forma a la crónica. No obstante, los cronistas actuales, la nueva generación, experimenta más o ha renovado más en cuanto a las formas de *conocer* la noticia: el reporteo. (Jaramillo, D. ed, 2012, p. 602)

Es así que, y en coherencia con lo anterior, la presencia del tiempo en la etimología es no sólo un indicio de las características de lo que nombra sino una finalidad concreta. Hace referencia al compromiso con una realidad determinada que es la del entorno y que implica

estar. Puesto que el trabajo está estructurado sobre la base de un tiempo casi tangible (la investigación), es importante acaparar la mayor cantidad de horas, las necesarias para hacer el reporte y para pensar la escritura, Salcedo Ramos, A. (2016) recomienda “Acompañar. Pasar tanto tiempo con el personaje como sea posible. Ser testigo de sus acciones. Verlos en diferentes acciones y lugares. En ese marco, se puede decir que la crónica es “literatura bajo presión”, pues siempre va en contra del tiempo, para que el tiempo no pase por encima, sino que pasemos en el tiempo. Reflejando ahí, que la destreza de la crónica es un híbrido siempre: hay necesidad de reportear libremente, pero existe, se hace, bajo presión; cuenta un hecho, pero no busca la objetividad; cada crónica es redonda por estar sustentada bajo una visión compleja del mundo, pero siempre busca el fragmento, las pequeñas historias. Una crónica no desaparece al periodista, a través de ella se dibuja al otro diciendo yo lo miré, lo escuché, lo sentí; una crónica se narra en primera persona porque cuenta una realidad y se hace responsable de ella diciendo: yo existo (Caparrós, 2016 p 124).

En este trabajo se orientan los esfuerzos hacia los horizontes de la crónica como pieza literaria, pero aun siendo así, es nuestra obligación mostrar su origen fuertemente abrazado al periodismo.

La vida agitada que se lleva en nuestros tiempos, ha hecho que muchas necesidades pasen a un segundo plano, nos referimos principalmente a necesidades comunicativas. Las noticias, los diarios, los diarios digitales, las redes sociales están saturados de primicia. Abundante información que es constante en su sentido en sus personajes, en sus protagonistas, en sus temáticas. En contraste, lo que han hecho los autores de crónicas es difuminarse en el otro lado de esa gran masa preponderante que acapara las cámaras,

ilumina las pantallas y rellena la prensa de primeras planas; la crónica se abalanza sobre la población menor, le interesa los acontecimientos pequeños, los personajes anónimos; experimenta y busca, busca hacer de esa experiencia, de esa búsqueda una posibilidad real de narración que permita intuir otras verdades.

Para no quedar desactualizado, la prensa, obliga al sujeto a asumir otro ritmo, un ritmo viral, con altísimas cargas noticiosas, donde la caducidad se disfraza de novedad, la actualidad de vejez, lo histórico empieza a ser contemporáneo, los datos a cada segundo se actualizan; caminamos sobre un espejismo paralelo a la realidad. Respecto a los medios de comunicación kapuscinski, R. (2003) se refiere así:

... con el desarrollo de los medios, vivimos en un mundo donde la historia se ha vuelto doble, donde conviven dos historias simultáneas: aquella que aprendimos en la escuela y en la familia, de manera personal, y la que nos inculcan los medios, que fijamos –a veces subconscientemente– a través de la televisión, la radio, los métodos de distribución electrónica. El gran problema se presenta cuando, con el tiempo, esta acumulación de construcciones de los medios nos hace vivir menos cada vez en la historia real y cada vez más en la ficticia. (p. 15)

Compartimos la idea de que vivimos una época apabullada, dominada por los medios de comunicación, las redes sociales, elementos que inundan de información, privilegiando un tipo de información uniforme, constante. De tal manera que, cuyo objetivo de fomentar el intercambio de ideas se debería poner en tela de juicio, a esto Salcedo, A. (2014) añadiría:

...Cabe preguntarse si las redes sociales fomentan el diálogo como dicen algunos o, no será que más bien, propician la superposición de monólogos que no es lo

mismo. A veces en las redes sociales se reproduce el mismo modelo de histeria que durante mucho tiempo ha primado en los medios de comunicación tradicionales. ...Una de las características del ser humano que más se ha resentido es la capacidad de poner atención. La gente ya no quiere poner atención; la gente ya no quiere que la llamen por teléfono porque eso quiere decir que voy a estar cinco minutos dedicados solo a él, mientras que, si él no me llama, sino que me pone un WhatsApp, yo puedo escribirle a él y al mismo tiempo puedo montar una foto en Twitter y subir un estado en Facebook; es decir estamos acostumbrados hoy en día a hacer las cosas con el veinte por ciento de atención...

*Los bordes del vestigio, escribir “El verano que hizo aparecer venados”* considerada a primera vista como un ejercicio de periodismo, es únicamente un intento de escritura con aspiraciones literarias que, en el contexto formativo de la licenciatura, busca posibles enriquecimientos pedagógicos. Pues de las similitudes que comparten el trabajo de un reportero con el de un docente, hay una fundamental: el buen desarrollo está permitido gracias a la capacidad de relacionarse con los otros para entenderlos. Para el docente la parte viva de su labor está en los estudiantes, es gracias a ellos que enseñar tiene sentido. Para lograr una relación efectiva es necesario pensar en el individuo, en sus diversas facetas, en el contexto y en la forma en que se trasmite lo que se quiere enseñar. En ese sentido, la realización de la crónica, no únicamente da como resultado un texto, sino que forja un saber social, filosófico y pedagógico en el cronista.

La crónica tomada como un género narrativo, y nacido en la necesidad de fecundar de sentido la escueta cara de la noticia, es un miembro un poco marginal de las letras, que se nutre de todo lo que la literatura y el periodismo conocen, que le obliga a su hacedor

cargarse de paciencia, esmerarse en el uso de la lengua; y que tiene un fin: darse a la tarea de anquilosar la fugacidad de la noticia en la trascendencia de una historia bien contada y desinteresada de toda forma de primicia.

La crónica es una patada a destiempo, como en el fútbol, básicamente, porque se puede hacer un reportaje de una noticia que ya todo el mundo conoce, que sucedió hace algún tiempo, que no es novedad pero que, contado desde la crónica, da como resultado un texto sensato, fruto de la reflexión; el buen cronista no propone “el boletín de última hora”, sino que dibuja sobre la realidad el pasado que aún habla en el presente. Segundo, porque es hiriente, tiene la capacidad de reflejar en ese *atrás* situaciones actuales, interpretaciones contundentes, producto de exhaustiva reflexión y estudio; y como si fuera poco, son valiosos episodios en las letras. Y finalmente, porque está al borde de la marginalización, de lo sucio, porque, así como al deportista, al cronista también lo sorprendió la presencia viva de un sujeto que se va, que anda, y al cual no queda otro remedio que tenderle la acuciosidad con que enfrentamos la vida. Con esto se da figura a un discurso que zancadilla las diferentes problemáticas de la realidad, aunando situaciones sociales que permiten visualizar los distintos tipos de protagonistas anónimos que integran las dinámicas de la actualidad y que son invisibles a la jerarquía o monopolio comunicativo de hoy.

La crónica ha establecido una nueva relación entre la narración y el mundo, una nueva forma autónoma y adherida a conceptos políticos; no se trata del testimonio como tal, más bien de agarrarse de algo que ha sido opacado y ponerlo con la fuerza del lenguaje en la realidad o el imaginario de la colectividad. Ahora bien, es necesario decir que para acercarse a una lectura de los fenómenos sociales que una historia puede llegar a contar, es necesario comprender que la virtud de este género, no es contar la verdad sino proponer una

mirada a un hecho particular que puede posibilitar la comprensión de una situación mucho más general; como lo ha sabido proponer Bernabé, M. (2006):

De este modo las narrativas del último fin de siglo retoman la senda abierta por las experiencias de la literatura de no-ficción en su apelación a una dimensión política que sobrepasa el deseo de testimoniar sobre lo real, lo que se revela en la distancia que establecen con la retórica del realismo y con un verosímil fundado en la ilusión referencial. La política del género, primero, se ejerce sobre la institución literaria desde el momento en que impugna las categorías estéticas que alimentaban jerarquías literarias basadas en la distinción entre lo auténtico y la copia, entre alta cultura y cultura popular, entre los medios masivos y las formas consideradas prestigiosas. (p 9)

Escribir crónicas como un ejercicio antropológico. Es así, como nos es posible pensar en el resultado de este trabajo, figurándolo semejante a una reflexión sobre un problema real; y aunque tal reflexión se vuelve un intento vano en el sentido de solucionarlo, de proponer una alternativa práctica y resolutive, lo que es cierto es que la crónica se erige sobre la confusión que generan en el cronista los problemas de su entorno. A esa intención Villanueva, J. (2012) agrega: “Un cronista tiene el reto de narrar “lo glocal” y de traducir el caos a través de una historia” (p. 605).

La crónica asumida desde una postura política de resistencia y divergencia, es la que interesa en este trabajo; esa que parte de la interrogación sobre los sucesos que afectan a las comunidades, para ofrecer una mirada a esas realidades desde ellas mismas, tratar de contar su voz, de darle resonancia.

Resulta conveniente nombrar que *Los bordes del vestigio*, escribir “*El verano que hizo aparecer venados*”, se interesa por asumir desde esta óptica de la crónica un problema que se viene sucediendo, seguramente desde siempre, y que encierra a su vez otros problemas: el desarraigo. Dicho concepto implica el habitar, la construcción, el territorio, en fin, el mundo del que, aparentemente, nos olvidamos y sólo “espaciamos”. De esta manera, abordar el desarraigo es acometer una serie de conceptos trabajados desde diferentes disciplinas tutelares, que han dado como resultado investigaciones de tipo social, político, económico, filosófico, educativo, cultural, etc.

Sin embargo, no es desarraigo como desplazamiento solamente. Tampoco como metáfora, más bien, como "movimiento ineludible". Propongamos que el "movimiento" es la deriva a la que el hombre está inexorablemente arraigado, podría decirse que involuntariamente agarrado porque sobrelleva la fuente del dinamismo del mundo. Particularmente, si pensamos en ello, diríamos que somos desarraigados permanentes y que el fenómeno por antonomasia sería entonces el arraigamiento; pero ello implica, sin duda, una lectura más metafórica que factible de lo dicho. Aun así, lo dicho anteriormente, permite pensar que el desarraigo produce un desacomodo traducido en una forma nueva de contar la vida, que es a lo se quiere llegar. Siendo de ese modo, establezcamos una línea metodológica que parta del desplazamiento de la tierra como pérdida fundante y que nos permita hablar de otros tipos de desarraigo, de otras pérdidas o de otras puertas.

Es decir, hacer del fenómeno en cuestión lo que posiblemente siempre haya sido: una fórmula copular del hombre para contar su arraigo. Decimos arraigo porque es lo que hace de vicio germinal para esta muerte de investigación, más no porque se desconozca que lo

que se viene dando en el mundo, y de eso se tratará más adelante, es un sórdido desarraigo: no como el de un turista, sino como el de un hombre incapaz de habitar.

En diversos tipos de estudios se ha hecho manifiesto diferentes problemas, dándole primacía a uno u otro de los factores que intervienen en el fenómeno del desplazamiento; de ahí que no todas las formas de ver la desterritorialización mostrarán preocupación por la afección directa que en ella sufre el hombre. Por tanto, aquí, se dará relevancia a ese factor primordial: el hecho de perder la tierra, pero antes, el acontecimiento de haberla habitado. Pensando, como ya se lo advirtió, en cómo lo narramos.

López, O. (2008), en su estudio sobre las creaciones literarias, cinematográficas y pictóricas del desarraigo en Colombia, argumenta al respecto:

Seguir considerando la transmigración como la única perspectiva del forzamiento sociopolítico, y que el éxodo de campesinos y ciudadanos terminará cuando las guerrillas y paramilitares depongan las armas, es quedarse en los síntomas de un problema enraizado en desequilibrios sociales seculares. Contemplar salidas inmediatas reduce la complejidad y enmaraña los finos hilos de una situación degradada y degradante en la que participa la sociedad entera, pero en la que los actores ocultos seguirán escamoteando su responsabilidad. De su voluntad y poder podría emanar una sociedad inclusiva, reordenada y proveedora de satisfacción para los ciudadanos dispersos en todo el territorio nacional, además de que animaría el retorno de muchos de los varios millones de colombianos por el ancho mundo. El desplazamiento no se explica a partir de una única dirección: la de un flujo de individuos desarraigados del campo y aventados a la ciudad. Proceder de este modo

es no reconocer que la ciudad también gesta movilización hacia afuera; que expulsa. Dentro de su propio contorno desplaza sin expulsar. Dentro de sus muros los individuos se descentran o desestabilizan cuando su vida está amenazada, corre peligro o no la realizan atendiendo a mínimos estándares de dignidad. (p 61)

Debido al conflicto que se ha vivido en el país se tiende a asociar el desplazamiento con grupos armados. Siendo conscientes de la importancia de ese fenómeno en Colombia, es necesario aclarar que hay muchas otras razones que sustentan el desarraigo: el sistema capital, problemas ambientales, fenómenos naturales y esotéricos, entre otros no menos importantes. Por cualquiera de esos fenómenos, el desplazamiento, relaciona tres elementos generadores, fundamentalmente: Territorio, hombre (desarraigado) y fuerzas migratorias (visibles o invisibles). El conjunto de estos factores que traen como consecuencia primera y visible el fenómeno de la desterritorialización, desencadena en relaciones dicotómicas otros efectos aunados al ser en crisis.

Tenemos en cuenta que puede hablarse, en este ámbito de:

1. La generación de modelos paradigmáticos de urbanismo, cimentados en la aglomeración. Lo que nos llevaría a consideraciones, por ejemplo, sobre los imaginarios desarrollados en las periferias de la ciudad, que generalmente son ocupadas por comunidades ajenas al territorio.

2. La exposición del hombre a una “pena”, a una pérdida, y a una ineludible derrota. Lo que implicaría un análisis profundo sobre las múltiples lecturas que se han hecho del habitar.

Ambos aspectos merecen hablarse por su importancia, puesto que, aunque no constituyen el fin último de la causa efecto: la consecuencia, si encadenan una relación infinita entre la última que no se olvida de la causa y la causa que pervive para que no la recuerde. Sin embargo, aquí únicamente pensamos en cómo el desarraigo permite o aflora una narrativa, la narrativa del desarraigo; la que esperamos se vea en el resultado final del proyecto.

Mientras tanto, es importante considerar los aspectos mencionados arriba. Para iniciar en el primer numeral es necesario hacer mención de la importancia que tiene para este trabajo el concepto de habitar, abordado desde la lectura de *Topofilia o la poética del habitar* de Yory, C. (2007). Así, mediante el alumbramiento conceptual del texto antes mencionado, se puede tratar el tema del desarraigo como la consecuencia de un hombre que se olvidó del ser, y que como lo afirma Yory, C. ese olvido al ser ha llevado a la incapacidad de poseer un lugar poéticamente. Dando luces sobre la dificultad de ese hombre para tomar una participación política y estética sobre su entorno, reflejando un déficit de análisis que le permita integrarse a las dinámicas que se suceden en el interior de su región, y a los cómo, de tales momentos, se determinan en la mirada del sujeto, para postularse en acierto o error como discurso en ese *ahí*.

La no-habitación del hombre viene a constituir la injerencia del distanciamiento entre la existencia del hombre como ser social, y su distracción en ese sentido, para constituirse como un ente muy individual. Esto, producto de los distintos modelos que se han producido y que han refugiado al hombre en un aislamiento, librándose del gran abismo que plantea la existencia del otro. Las sociedades actuales propenden por una soledad abrumadora y absurda; las relaciones interpersonales son cada vez más intrapersonales; las zonas de

confort modernas, representadas por medios que permiten una instantánea y masiva comunicación, brindan una realidad virtual de la cooperación que se consagra por su oferta utópica, y sin embargo han tenido un efecto contrario y perjudicial a los intereses que aquí se plantean. Yory, (2007), esclarece:

Digamos entonces que, para nosotros, *lugar será el ámbito de convergencia del ser-estar propio de lo que ocurre en el “giro” heideggeriano, donde si bien el ser, en tanto ser-ahí, se viene-a-la-presencia, será el propio hombre como ahí-del –ser, “lugar” él mismo del des-en-cubrimiento del ser como tal y así “luga” desde donde éste “verdadea”*. Sin embargo, tal *verdadear* implica tanto una *venida-de-sí* en el *acto-apertura* que caracteriza su *apresentificación*, como un “guardar-se”, un “reservar-se” para sí. Atributo de lo que al *develarse* de tal forma define la propia especificidad de la verdad que así “se da”, pero “se queda...”.

Y viene también a cuestionar el papel de la memoria del sujeto. Si se plantea el recuerdo como encuentro, la memoria viene a representar el lugar, posibilidad que parece haberse relegado a una opción que se ubica en la retaguardia de las posibilidades cotidianas, de tal manera que se tiene una gran necesidad de presente novedoso, de entretenimiento que llene las expectativas de nuevo, un desbordante deseo de saciar los sentidos. Los hombres concebidos como espectros trashumantes.

En ese escenario la crónica es una apuesta a construir sentido desde las posibilidades del pensamiento, y el fortalecimiento de los esquemas narrativos a partir del tiempo. Las distracciones son una cortina que permiten no ver el individuo arrojado a la soledad del mundo, la pérdida de esa estabilidad uterina se ha logrado perpetuar en la conexión que

ofrecen las vitrinas esnobistas de la modernidad. Los residuos que atormentan la mente del hombre se eluden en una nube de escombros novísimos, que persuaden a una ambición en la desesperanza del hombre actual.

La vida trashumante de hoy es un retorno al nomadismo que fue forma aborígen de los hombres, caminata que también constituye un *ahí*, pero que en disconformidad con la memoria no encierra vínculo narrativo del territorio. Un espacio deshabitado está lleno por un hombre incapaz de co-apropiarse y de sentirse y pensarse en ese territorio, llevando al hombre de hoy a ser un desarraigado, arrojado a la imperiosa obra del desorden; al texto infinito de panfletos y catálogos novedosos; objeto de la mutilación de los dioses; sujeto subalterno a su superioridad propia. Para Yory, C. (2007), el ser ya no es ser, en tanto que no habita; lo cual, lo plantea de la siguiente forma:

Situación que tiene lugar en espacios que –representando el mundo- constituyen, en primer lugar, su casa, su barrio, su ciudad y por supuesto, el propio mundo como tal, pues es éste el escenario real y primero que, presente siempre en los demás, establece y provoca una determinada manera de permanecer (ser-estar) en él.

Los modelos de ciudadanía que se han establecido hasta la actualidad decantan, en su fondo, la cruda realidad de la aglomeración. Una acumulación no prevista, es señal inequívoca del detrimento espacial y social de las comunidades humanas y su ambiente habitable, dañando los sistemas que posibilitan la convivencia en las ciudades, afectadas por fenómenos que desde la urbanización del campo han dificultado los linderos que posibilitan la concreción de horizontes sondeables para una buena organización del entorno. Por otro lado, también los desalojados campos sortean a sus antiguos habitantes al flujo

diferente de la ciudad, los entrega a la desazón de la lamentable pérdida de los valores intrínsecos del hombre rural; esto sin desconocer que ahí, se abre un camino.

Ahora, si consideramos por un momento, el desplazamiento como la exposición del hombre a una “pena”, a una pérdida, y a una ineludible derrota, se verá que hay con la postura de Yory una problematización. Cuestión que se soluciona así misma, al entender el abismo en que siempre se ha encontrado el hombre; evidente en la paradoja constante que es la humanidad; evidente en los diferentes mundos de este mundo y visible en el hombre que es víctima del hombre.

Las sociedades, tal como se han establecido en la actualidad, obedecen a despropósitos cautelosos, distópicos. El capitalismo como forma superior, recalca en el contubernio de factores que llevan a plantear “no habitar” y “el gran olvido” para suplantar el deseo de saber, transportado a un hambre de los sentidos. Los intentos del sujeto en el mundo son estornudos ahogados, pequeñas luces constelares apagadas por el destello incandescente del gran *Bang* del mercado. La problemática advenida al ser desde el mundo, afecta al mundo, en sus múltiples relaciones de forma inevitable, de allí la importancia de alumbrar, desde los pequeños y distintos espacios, discusiones al respecto. Los intentos que desde la literatura y el periodismo se han propuesto los diferentes autores, es mórbida pero siempre inquietante apertura para comprender y catalogar al territorio en su sitio correspondiente. Desde la literatura, se ha hecho alusión a la inquietante trascendencia que tiene la tierra, y no es una obviedad, porque lo que queremos plantear no es la tierra como un espacio para lo que alguien imagine, sino una presencia sublime en la forma cómo se plantea esa creación.

—Te hablo de una voz que me es brisa constante, / en mi canción moviendo toda palabra mía, el gran poeta Aurelio Arturo en su poema insigne *Morada al sur*, (1986), pinta desde su alejada estancia espacial y temporal, el inquietante paisaje que parece descubrir en sus poemas; un *sur* hecho por la nostalgia, hecho mágicamente con los versos más precisos que el lenguaje se lo permite. Al respecto, Arbeláez, F. (1964) se expresa así:

En este primer libro de Aurelio Arturo encontramos las iniciales de una antología lírica del paisaje americano con el descubrimiento de una realidad que se instala en nosotros por la fuerza de su propio significado y que de repente nos revela, bajo las especies y la gloria de la palabra, algo que estábamos tan acostumbrados a ver como esa hoja, “pequeña mancha verde de lozanía y de fuerza”, que resplandece sobre un mundo “en donde el verde es de todos los colores”.

El poeta nariñense, descubre en sus poemas un nuevo lugar que es gracias a la poesía un encuentro con la pena del poeta. Habitar es para Arturo, A. (1986), una apelación a la memoria para ratificarse como morador que *luga* en la montaña, eternamente, para decir “Por mi canción conocerás mi valle, / su hondura en mi sollozo has de medirla.”

Ospina, W. (1982) en su ensayo *Aurelio Arturo La palabra del hombre*, escribe:

En lo fundamental la poesía de Aurelio Arturo deriva del ámbito de su infancia y de su juventud. Transcurre, ante todo, en la vieja casa de sus padres, en los valles del sur, en los campos vecinos, en un mundo tan intensamente vivido y tan perdido, que el poeta nunca logró escapar a su fascinación. “*Morada al Sur*” es, entre tantas cosas un monumento de la nostalgia. [...] Allí donde por primera vez se sintió ser, donde se supo vivo y solitario, rodeado por leguas de misterios precisos. [...]

Donde, sobre todo, aprendió el amor de la belleza, que nunca se nos aparece en sus versos como una relación con algo ideal, sino como un regocijo nacido de las cosas más nítidas. Los bosques y sus árboles, las bestias silenciosas, los concertados fenómenos de la naturaleza, la firmeza de las moradas humanas en un ambiente reposado y propicio. (p. 94)

No importa en este trabajo la intención de Aurelio Arturo, no es relevante, para esta investigación, si en su poesía es la historia de los territorios del sur, sus costumbres, su legendaria estirpe de serenos hombres rurales, si pinta en sus poemas los paisajes "verdes", no. Lo que interesa del trabajo de Arturo es esa lejanía imposibilitada por la memoria, ese luto castrado, hecho ritual a un lugar que fue habitado y que retorna en sus días, en sus noches como una sombra que le sigue a oscuras. En este caso el escritor es en su oficio víctima de la memoria, es el apego una cicatriz constante que marcaron los tiempos idos, y que se asoma al presente para castigar hasta la más mínima descomposición del ineludible paso del tiempo.

Ante todo, lo que nos importa es que finalmente se conversa como se siente, y se cuenta ante una prefiguración del "topos" no establecida, pero sí existente; lo cual resultaría una afirmación intuitiva, tal vez. O más que intuitiva, personal. Entonces puede proponerse que Arturo está en la poesía del sur de igual manera a como el sur está en su forma de contarse.

Veremos en el ejemplo de otro nariñense, el poeta Arleyo Cerón (2001), cómo en su poema *Retorno*, poetiza la llegada a su tierra así: "El pueblo tiene un vientre de cáliz [...] En mi alegría / emerges con tu voz cálida de fábulas / las ventanas esperando viajeros / se abren como nidos de hoguera" (p. 60). Decimos que es un canto, una oda, una celebración

del caminante a su pueblo, a su retorno, empero, eso no tiene importancia (para el propósito de este trabajo), pues lo que sintetiza el argumento del poema es que ese pueblo no puede ser otro pueblo sino uno, en el que a Cerón, el poeta, le fue impregnada una arquitectura lingüística propia. En su trabajo *Monólogos del emigrante*, muestra una conversación constante, la condición fluctuante de los hombres actuales, las diversas posibilidades de ir y venir, la caminata que ha surgido como posibilidad latente, la tristeza de la diáspora en el emigrante, y un homenaje a la memoria como retorno a los lugares.

En este orden se inscribe la literatura como una experiencia que no relata el morar y el desalojo, sino que manifiesta el territorio capaz de infiltrarse en la memoria y narrarse a través de la literatura.

Desde la crónica se han hecho trabajos que descubren de forma decidida el desarraigo, en sus caras posibles. *Un perro sin pelo en la tierra de los hombres barbudos*, crónica de Avilés, M. (2016), en este texto se personifica en la figura de Piji —el perro de Avilés— el rostro que tiene el exiliado. Su tropicalismo, el del perro, que simboliza la pertenencia a un lugar, lo convierte en una figura de nostálgica errancia. Su raza viene a conversar con el ánimo que el autor siente, y que como cronista debe soslayar, para no estropear con sentimientos vernáculos su texto. Entonces, transporta a la casi verbal palabra de Piji toda su desventura. Marco Avilés aprovecha las múltiples peripecias que como mascota debe padecer su perro, y cómo él, que se sustenta como el tutor de tales padecimientos compadece con mórbido trato. Tratamiento que significa consuelo, pero que en términos literarios es un encadenamiento del escritor respecto al compromiso que tiene con la sociedad.

Siguiendo el mismo orden, los trabajos de Bastos, M. (2013) sobre el traslado de un pueblo de Chile ubicado en el desierto de Atacama, junto a la mina de cobre más grande del mundo, titulados *Dejarlo todo* y *El pueblo que se mudó de la mina a una ciudad [pero extraña vivir junto al cobre]*, muestran la construcción social que implica el lugar donde se teje la sociedad. La problemática que se evidencia en estos trabajos constituye una oposición a la latente visión de la sociedad actual que considera las ciudades como "fichas de ajedrez" con la virtud de poder quitar y poner, cuando y donde se quiera. Hay en los textos de Bastos, la cara de la pena, de la memoria que se escribe en el desierto, en el valle, en la ciudad.

*Los bordes del vestigio, escribir "El verano que hizo aparecer venados"* contempla toda una serie de problemáticas, con el fin de ofrecer, desde la mirada del autor, una reflexión que contenga las voces fragmentadas del desarraigo. Pensando en cómo ellas se exponen para desarrollarse como narrativa capaz de aunar toda una explicación del mundo.

## CAPÍTULO 3: DISEÑO METODOLÓGICO

### 3.1 Paradigma de la investigación

—La principal característica de la investigación cualitativa es su interés por captar la “realidad social” a través de los ojos de la gente que está siendo estudiada, es decir a partir de la percepción que tiene el sujeto de su propio contexto (Bonilla-Castro, E. & Sehk, P., 2005, p. 47). El hecho de que las autoras señalen la relevancia, que se le da en estos enfoques, a la participación de la comunidad estudiada, permite que *Los bordes del vestigio*, escribir “*El verano que hizo aparecer venados*” privilegie la participación activa del investigador como escuchador y observador de los sujetos que son el sustento cognoscente y que apertura a la visión de los fenómenos que interesan investigar.

### 3.2 Tipo de investigación

Este trabajo es de tipo investigación-creación porque parte de la consigna de que el cultivo de la experiencia científica puede realizarse de tal manera que integre tanto la imaginación como la investigación; esta cópula permite transitar hacia campos de mayor envergadura reflexiva, conveniente a los fines que persigue la calidad educativa, y adecuado a los modelos de empoderamiento y democratización del conocimiento, principalmente, porque hace del investigador la fundamental herramienta del conocimiento:

A lo largo, este proceso le permite al sujeto creativo cambiar, mutar constantemente, pero a su vez volver a reflexionar sobre lo sucedido. El proceso creador en el arte, por ser una práctica que se lleva a cabo desde el conocimiento

técnico práctico, posibilita al ser humano reflexionar sobre sus propios procesos tanto internos, como externos, y así mismo propiciar en el sujeto una especie de reflejo del ser, de lo que se es, de sus debilidades y sus cualidades, de sus emociones y sus sentires, de sus oscuridades y deseos a través del objeto creado y de la reflexión constante sobre este. (Daza, S., 2009)

Para el lector una crónica es una historia que se deja leer fluidamente, con la cadencia que (en el caso de los buenos cronistas) tendrá el texto; su detallada elaboración permite ver sus descripciones germinales, sus pequeñas atmósferas, sus datos atónitos trenzados armoniosamente en la historia. La crónica como texto, como el resultado final, se expone fresca, sin dejar sospechas, sin dejarle ver al lector el cansancio del laborioso trabajo, de la investigación constante, de la paciencia inalterable, que arrastra. Su manufactura, el estado de marginalidad -del que parece querer desentenderse-, su obsesión por entender el lugar que habitamos hace que escribir crónicas sea la creación de una narrativa con valor cultural.

### **3.3 Método de investigación**

Este trabajo es metodológicamente etnográfico, pues en esencia “la tarea consiste en reconstruir, con lo que Lofland (1971) denomina ”amoroso detalle”, las características del fenómeno estudiado” (Goetz, J. & Lecompte, M., 1998, p. 28). Desde la cercanía permitida en este tipo de investigación, los sujetos de estudio se incorporan en el cuerpo del trabajo de manera singular; llegando a instalarse en la cotidianidad de la comunidad, el investigador establece vínculos que le permiten obtener datos significativos del grupo.”(...) la descripción es la mirada en su máxima expresión, pura mirada así defiende

Caparrós, M. (2016) lo que desde la etnografía conforma una parte de la díada: descripción e interpretación.

Esta (la etnografía) se interesa por lo que la gente *hace*, por cómo se comporta, cómo interactúa. Se propone descubrir sus creencias, valores, perspectivas, motivaciones y el modo en que eso se desarrolla o cambia con el tiempo o de una situación a otra. Trata de hacer todo esto dentro del grupo y desde dentro de las perspectivas de los miembros del grupo. Lo que cuenta son sus significados e interpretaciones. (Woods, 1987, p.18)

Con esto, se trata de que la simbiosis epistemológica entre el investigador y el grupo social, traiga como resultado la focalización hacia la interpretación de los resultados del trabajo de campo. Evitando siempre la oquedad de la descripción, que no evoluciona, sino que petrifica y mata; la observación es minuciosa y la reflexión exhaustiva.

### **3.4 Técnicas para la recopilación de información**

- Observación participante

—Uno de los problemas que se le plantea a un investigador es la frecuencia con que difieren la información suministrada por los participantes acerca de sus actividades y creencias y sus comportamientos observados (Goetz, J. & Lecompte, M., 1998, p. 126). Es por esta razón que la observación, *el estar allí*, es una técnica de recopilación de información que se hace indispensable. Según Salcedo, A. (2016): "El buen reportero sabe

que ciertas verdades solo pueden ser alcanzadas con los pies. Desplazarse caminando es acceder a información que está mucho más allá de la zona de confort. La observación es de suma importancia pues de ella emana casi la totalidad de la narración paisajística. Caparrós, M. (2016), lo explica así:

La crónica es una mezcla, en proporciones tornadizas, de mirada y escritura. Mirar es central para el cronista —mirar en el sentido fuerte. Mirar es la búsqueda, la actitud consciente y voluntaria de tratar de aprehender lo que hay alrededor —y de aprender. Para el cronista mirar con toda la fuerza posible es decisivo. Es decisivo adoptar la posición del cazador. (p. 62)

- Historia de vida

El interés en enfatizar el poder de la narración que, el propio individuo, hace de su vida es definitivo en los fines de *Los bordes del vestigio, escribir “El verano que hizo aparecer venados”*. Darle oídos a la voz del otro es sustancial y para ello la técnica de recolección de información debe ser acorde. Sarasola, J., & Hornillo, M. (2003) defienden la técnica porque creen que “La generalización conlleva toda la pérdida precisamente de la clase de detalles que distingue la experiencia personal”. En tal sentido, los personajes son fuente de conocimiento en su singularidad y es así como su posición enriquece el estudio. Para ello, esta técnica se vale de la entrevista o la conversación que cabalgaría junto a la observación. Se la utiliza a lo largo de todo el trabajo de campo y servirá para obtener información de primera mano, lograr que el personaje vaya más allá (en términos de información), entender al personaje, etc.

### 3.4.1 Instrumentos de recolección de información.

- Libreta de apuntes (Diario de campo): este instrumento es empleado para registrar datos relevantes e irrelevantes obtenidos en el proceso de exploración. Se lo utiliza constantemente durante el proceso del reporte o al finalizar éste; en el proceso de organización de información; en el proceso de escritura y de reescritura.
- Grabadora de audio: en algunas ocasiones se utiliza esta herramienta con el fin de ser más precisos y fieles a la palabra de los personajes.

### 3.5 Estrategia propia de Creación.

Antes de entrar a considerar cada uno de los pasos para asumir la creación de la obra “*El verano que hizo aparecer venados*”, se hace necesario el siguiente espacio para dejar muy claro el concepto de crónica literaria que es el que interesa, y del cual nos es posible partir para proponer una ruta de avance hacia el objetivo propuesto.

**Crónica** es, según el Diccionario de la Lengua española (2017), y salvando las acepciones que incumben, “Narración histórica en que se sigue el orden consecutivo de los acontecimientos” y “Artículo periodístico o información radiofónica o televisiva sobre temas de actualidad”.

**Literario** es, según el Diccionario de la Lengua española (2017), lo “*Perteneciente o relativo a la literatura*”.

El adjetivo “literario” es prudente agregarlo para que no se generen relaciones distintas que puedan alterar el fin, dentro de todo esto que es un ambiente investigativo de distintas vertientes, porque en algunos contextos la sola palabra “Crónica” ya es suficiente y esclarecedora, es decir que ya se sobreentiende qué tipo de literatura es.

Sin embargo, las acepciones que el diccionario tiene para la crónica, encierran más y menos de lo que aquí entendemos por ella. De la primera acepción se destaca su carácter narrativo y, por ello diríamos, subjetivo; añade el carácter histórico y determina su arquitectura como cronológica. En cuanto a la segunda acepción, se nota su aparejamiento a lo periodístico y al terreno informativo. Por su lado, la crónica, como aquí se comprende, es una construcción estética, que no se interesa (como al reportaje) por responder al ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿quiénes? y ¿por qué? de cada noticia, sino que busca narrar, ya no únicamente de manera cronológica, ni solo de tipo histórico, sino narrar para descubrir lo que significan muchos de los aspectos de la vida en el mundo, y para eso se vale de todo lo que la literatura ha descubierto.

Por último, y para tener una perspectiva más amplia, es interesante la siguiente nota, que es una iniciativa de Villanueva, J. (2010) por entender, valiéndose de lo dicho por sus colegas, la crónica:

¿Qué es entonces una crónica? “literatura al ras del suelo”, escribía Antonio Cándido. “Reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas”, ensayaba Carlos Monsiváis.

Ambos tenían razón: en América latina, en décadas pasadas, la escritura era el acento. Y lo es en el sentido de intentar ser una escritura contra el tiempo y las fechas de caducidad, o como dice Juan Villoro: es un modo de “improvisar la eternidad”. [...] En tiempos de mayor inseguridad y confusión, una crónica ya no es tanto un modo literario y entretenido de “enterarse de los hechos” sino que sobre todo es una forma de “conocer el mundo”. (Jaramillo, D. ed, p. 590)

<b>Paso</b>	<b>Descripción</b>
<p>Como surcar una calle nocturna (Vagabundeo)</p>	<p>Se comienza por establecer el lugar, donde residen los personajes; delimitar su contexto permite la formación de un mapa geo-cultural.”(...) el investigador desarrolla una estrategia que le permite un progresivo reconocimiento del marco físico y un acercamiento a las personas que lo comparten por medio de conversaciones informales o entrevistas. Axpe, M. (2003 p. 58). Esta primera etapa tiene un impacto posterior, el acierto en ella, es una buena garantía en los pasos posteriores.</p>
<p>Como abrir una colmena de miedos (Abordaje de los personajes)</p>	<p>La relación que se establece con los informantes está mediada por entrevistas informales o conversaciones, teniendo lugar, el sujeto, a establecer su voz como vehículo fundamental del trabajo, en este caso, cronístico. Dentro de</p>

	<p>los estudios etnográficos, las experiencias en el contexto natural y compartir con los participantes son “una condición <i>sine qua non</i>” Axpe, M. (2003 p. 44), así mismo, para la crónica es vital acompañar el mayor tiempo posible a los personajes, buscando una visión amplia y limpia del panorama investigativo.</p>
<p>Como cada semilla, ven la roca (Observación)</p>	<p>En las palabras de Villanueva, J. cuando dice “(...) la entrevista como género suele ser un acto teatral, y en la mayoría de ocasiones no llega a ser una situación de conocimiento, mucho menos una experiencia: tan sólo un resumen de declaraciones más o menos oficiales” (Jaramillo, D. ed, 2012, p. 585), puede verse entre otras cosas que la indagación no termina en el registro de lo que dice el personaje sino en las revelaciones que, a través de la mirada, el cronista puede conjeturar. Con el término —observación se hace referencia al hecho de estar allí. Allí donde el personaje hizo o dijo e incluso en el lugar donde el individuo <i>contó que hizo, que estuvo</i>, etc.</p>
<p>Como lluvia dedicándose a gotas (Análisis de los</p>	<p>El trabajo de campo está acompañado de la <i>toma de apuntes, grabación de voces, la obtención de fotografías y otros documentos</i>, que se constituyen en datos</p>

datos)	<p>fundamentales, y parcialmente organizados son consignados en el Diario de Campo. “Según Rockwell (1987), el trabajo de campo no conduce al conocimiento si no se acompaña del trabajo teórico y analítico que permite modificar, y no solo confirmar, las concepciones iniciales acerca del objeto de estudio.” (Citado por Axpe, M., 2003, p. 45) Entonces, lo que se plantea es una relectura del objeto social, desde un análisis inductivo más lento, que permite, en una primera instancia, obtener información sólida y reflexionar sobre el proceso de investigación: fijar problemas, establecer conclusiones, y construir el mapa hipotético para el futuro del estudio.</p>
<p>Como en la loma, silenciosy voces (Escritura)</p>	<p>La escritura final del trabajo no se hace paralelamente a la investigación sino que se da como el último paso, después de que, se considere, ya se ha recopilado la información suficiente. Antes de empezar a escribir Salcedo, A. (2016) recomienda”(...) hacer una reflexión previa sobre las aristas de la historia y sobre la forma en que deberíamos contarla. Concebir una estructura narrativa apropiada. (...) tener una actitud de entrega a nuestra crónica. Son oportunas las palabras del periodista, si tenemos en cuenta que en la escritura hay una eclosión de</p>

	<p>las múltiples voces que integran ”<i>Los bordes del vestigio, escribir “El verano que hizo aparecer venados”</i>”, y el trabajo consiste en tomarlas para consignarlas debidamente, darles un lugar, una fuerza y situarlas de tal manera que generen densidad al texto.</p>
<p>Como toda la bondad en una isla (Revisión)</p>	<p>Es un factor que se da constantemente, sin embargo se hace una corrección y edición sistemática y funcional del ejercicio de escritura de las crónicas, que merece nombrarse en su singularidad.</p>
<p>Como la nunca palabra por borrar (Reescritura)</p>	<p>Para Salcedo, A. (2016) ”Reescribir es ofrecerle al texto oportunidades de alcanzar eficacia. por ello se lo sitúa como un punto aparte y posterior al ejercicio de revisión. Resuelto lo anterior se consagra el texto nuevamente, y se constituye como una nueva oportunidad para pensar y redireccionar cuestiones propias de la narración; entendiendo que la inspiración (porque debe haberla) se logra en la exigencia del trabajo de escritura.</p>

## **CAPÍTULO 4: PRODUCCIÓN**

**EL VERANO QUE  
HIZO APARECER  
VENADOS**

**EL VERANO QUE HIZO APARECER VENADOS**

Sin embargo, llevas aún sus efímeras flores sobre el pecho

Olga Orozco (1920 — 1999)

## PRIMERA PARTE

El primero en irse fue Lino. Ese día, después del partido, del entrenamiento habitual para ser el arquero suplente, salió con paso rápido, ajustándose el cinturón mientras caminaba. Llevaba un lazo de cuero en el brazo. Aura, que todavía era una niña, recuerda que de la cancha le gritaron: “No se vaya a ahorcar; espere que ya va a llegar el invierno”.

En su casa, esa noche, su esposa y sus cuatro hijos no lo esperaron porque desde hacía tiempo estaba inclinado hacia la música, componía canciones y se reunía con su compañero Belisario hasta largas horas de la noche.

La pobreza improvisa ventajas en quien no las tiene; Lino, además de un juego pobre, sin talento, era dueño de la fama ajena de vaquero, hijo de la faena, el que siempre da la sog a los cuernos, y sin embargo era jinete sin caballo. Candelario no está seguro, pero cree que tenía un “caballito y lo vendió, o se le mató”.

—Yo le dije ese día, que me ayude a coger un novillo y me lo lleve al pueblo —así lo recuerda Candelario cincuenta años después, sentado en el comedor de su casa.

Minutos más tarde, Lino estaba frente al animal. Era sábado y la res iba al mercado el día siguiente. Había que cogerla, ponerla en el corral y el domingo de madrugada arrearla al pueblo. No serían las cuatro de la tarde y probablemente el toro tendría la lazada en la testuz, marcándole su vencimiento hacia la postrimería del hambre. No obstante, el animal, de lo dócil que resulta en su violencia, acudiría con sus últimos arrestos al precipicio, donde Lino no habría de escaparse por estar unido con su propia hombría, con su mismo lazo, con la misma vida con que se acogía a un futuro de desterrado, de pobre.

Ya a la mañana del domingo, en el pueblo, Candelario se sorprendió de no encontrar, en el sitio acordado, el toro; un "animalito" que había criado desde que era un ternero y que pensaba vender para comprar dos.

—Fui a misa —recuerda Candelario— y cuando salí les pregunté a unos muchachos que si habían visto por el camino a Lino.

Nadie lo miró. Lo encontraron ese mismo día en lo hondo de un barranco con el lazo apretado en el brazo, a unos metros del toro que también estaba muerto.

En realidad fueron dos los primeros en irse de Yuracueva.

A ellos les siguieron todos.

\*

Estuve allí por primera vez en mayo de 2012. Había dejado la universidad el año anterior y conseguido por esos días un trabajo como cordonero (ayudante de topógrafo).

En el año 2010, el gobierno departamental puso en marcha la ejecución del canal de riego para el municipio de El Peñol. Dos años después, se realizaba el replanteo del trazo inicial y conseguí que me contrataran. La pasaba bien, era trabajo fácil: llevar un prisma y ubicarlo a plomo cada veinte metros.

Pocas veces había salido de casa; mi vida había transcurrido casi en su totalidad en el campo, en mi vereda.

Y ahora estaba fuera, no lejos pero fuera: envuelto en la coraza del trabajo, entre las arduas jornadas con los campesinos, dibujando con estacas cada tantos metros una ruta que

conectaría las aguas de la quebrada El Salado, con cada uno de los lotes, de los pequeños o grandes lotes.

Cada día caminamos por carreteras, caminos, potreros y sembríos nada más que poniendo puntos, como si fuera un juego, como si se tratara de alejarse lo suficiente hasta que el ojo del teodolito ya no pueda verte más y diga “me rindo”. Y otra vez: pones a plomo tu prisma luciendo una verticalidad recalcitrante, obligatoria, matemática, y otra vez, viene el topógrafo con su entelequia de instrumentos amarillos que siguen al teodolito, una cabeza ciclópea que se aplasta sobre su trípode para empezar a perseguir su mapa de puntos, mientras yo, dando pasos largos, voy andando el enmarañado laberinto por donde el agua habrá de venir inevitablemente. Cada día un grupo de cinco o seis hombres nos acompañan con sus machetes abriendo senderos en medio de matorrales o cortando estacas para enterrar en el suelo donde empezarán a podrirse.

Nos hospedamos en la casa de alguno de los socios que se ofreciera. Fueron dos semanas que pasaron rápido.

A Yuracueva llegamos jueves o viernes, no estoy seguro. Fuimos dos días a cubrir los puntos, de los trece socios de allá, entre ellos, Candelario.

Subimos la trocha, llegamos a la parte alta (porque Yuracueva es un cerro, es como la hinchazón en la que finaliza una pierna de la cordillera), pasamos por la escuela abandonada, con un árbol de higuierón en el patio atestiguando que el tiempo había pasado, que su tronco de un gris vetusto se había alargado tanto, o casi tanto como la historia que Candelario me refería: la de su comunidad desaparecida por el verano, de la cual seguramente él se creía ahora salvador por estar trabajando para llevar el agua.

No puedo decir con una palabra qué fue lo que me intrigó de esa tierra, pero estoy seguro que sentí algo.

\*

Yuracueva fue ese toro que mató al compadre Lino después de arrastrarlo medio kilómetro.

Cinco años después, vuelvo a ver a Candelario. Lo encuentro un domingo que a diferencia de los otros prefirió pasarlo en casa: una vivienda pequeña, al lado del pueblo, con un patio en tierra tallado por los años.

Su silueta tiene un aire de caricatura en su cuerpo de setenta años, su memoria la claridad que lega la imaginación, y su charla la animosidad suficiente para darme cuenta de que para él, todavía, Yuracueva es parte de su presente y que es quizás, de todos los que lo vivieron, el único que piensa que el distrito de riego que se culminó en 2013 era para rehacer la población.

—Lo que pasó fue que no nos llegó el agua.

Candelario vive en "el pueblo", tiene cinco hijos en su mujer y dos de "contrabando" (—pero antes de casarse). Sus padres son de El Rosario (Nariño), pero él creció en Yuracueva.

Yuracueva fue una comunidad formada, en principio, gracias a la gratuidad a la que podían acceder personas naturales y despojadas de cualquier tipo de título a su nombre. Y que, sin ser una paradoja, sino más bien la ratificación de la desventura a la que están

expuestas las cosas que no se planean, y así de gratis como se recibieron, se fueron esas tierras, "Regaladas", vendidas a precios muy bajos.

—La gente empezó a irse —dice Candelario—, unos al Putumayo, otros al Valle; otros a Pasto, al Quindío, al Ecuador... El último en salir fue mi papá, él murió allá.

Así como llegaron, se fueron, pero, a decir verdad, Candelario todavía no se ha ido del todo, y si se ha quedado en el pueblo, se ha quedado vigilando con sus ojos refundidos y llorosos.

Le digo a Candelario que quisiera visitarlo nuevamente, sea el lunes, el martes, el miércoles, el jueves o el viernes. Me dice que el sábado o el domingo. Medito por un momento y le propongo que vayamos a Yuracueva el domingo. Acepta.

Un domingo, andando con Candelario los viejos y enrastrados caminos de Yuracueva, únicamente podría dar a los "ahí quedaba" la casa de la vieja Celia, la hermana de Lucía que paría hijos y los ahogaba inmediatamente porque era tan avara que no iba a desperdiciar la leche de las diez vacas que tenía, en una boca más que alimentar; una boca además de la de Pracedio, su esposo aindiado que, en una maicera sembrada en El Plan, después de trabajar y con la ebriedad fermentada de la chicha, se dio de machetazos con Efraín porque acá también se odiaban, de repente, liberales y conservadores. A Efraín le quedó, de eso, una cicatriz que le atravesaba el cachete y a Pracedio la fama de resucitado, casi difunto, macheteado hasta la saciedad, que se dobla al piso como muerto pero vivo todavía, mientras el victimario va a curarse las heridas con la agitación de la sangre y una sed sempiterna. Los dos bravucones hombres en su malicia se dirían inocentes porque

ambos serían, finalmente, aniquilados por dos seres con menos brío pero con mayor pericia y ambición. A Efraín, su hermana, la menor, le envenenaría con un caldo de huevo, para quedarse con un lote heredado en una vega del Juanambú. Y a Pracedio, muerto de viejo, su esposa lo habría matado incluso antes que dejara de vivir; y otra vez Candelario pondría un nuevo “ahí” con el dedo, en ese árbol de limón, ahí era la casa de una familia que le dio posada los últimos días, le hicieron la caridad porque como a él la mujer lo dejó sin nada, y lo poco que tenía se lo bebió... Una familia que se compadeció del hombre desinteresadamente, sin percatarse de una tos espesa, flemática, producto de una tuberculosis no tratada que Pracedio contagiaría a uno de sus benefactores.

Y bueno, con seguridad también podríamos dar con otros sitios más amenos, de los que Candelario podría decir “aquí era un lugar común, de todos los que vivíamos, reservado para zona de población”, “aquí era la cancha de jóvenes y allá era de viejos”, “aquí en este plancito vivía Mercedes, una novia”, “aquí era mi casa”. Y tal vez, más que eso hubiera podido decirme y no habría habido necesidad de ponerme a imaginarlo todo, de no ser porque lo encuentro en una tienda, a la que iba a comprar una gaseosa para el viaje, en el pueblo, sentado y medio borracho, con una cerveza en la mano.

En la tienda de Sergio, un hombre bajito, gordo y de pocas palabras, uno puede tomar la cerveza que quiera pero debe pagar, una a una, antes de tomarlas. Él tiene para sus clientes un banco largo en el andén, bajo un solar corto que a medio día deja dar el sol directamente en los pies, eso si no se extiende las piernas, porque de lo contrario puede incluso asolear las rodillas. Parece que a Candelario eso no le importa mucho porque sus zapatos negros se tragan los brillantes rayos y él parece tan fresco y contento que me ha hecho un puesto a su

lado, en el banco sin espaldar. Me conversa como si me conociera de toda la vida o como si no conociera la vida más que en la forma de una eterna conversación.

En El Peñol, el día de mercado es los domingos, sus atracciones son dos salones de billar, dos cantinas, una discoteca, una piscina, un juego de dados que se instala a las once de la mañana en la esquina del parque bajo la sombra de un olivo, y algunas tiendas como la de Sergio, punto de encuentro para una cerveza. De todos esos lugares Candelario se queda con éste y con la cantina de doña Magola, "por la música que pone".

Pero en este día seguimos aquí, interrumpiendo la charla únicamente para que mi personaje salude a uno que otro conocido, "hola chiquillo, hola chiquilla". Al parecer a todos les dice así, incluso a mí, por eso a Candelario lo han dejado como "El chiquillo".

Giro la cabeza sobre el eje del cuello de vez en cuando para mirar los ojos hirvientes que Candelario ha clavado en mí; su voz es una narración que me hace pensar en que habría debido imaginarme un poco más para ser exacto, y muchísimo menos para ser verdad. Es que si doy cuenta del fervor con que me habla, toda ficcionalidad es limitada. Y sin embargo no hay suceso extraordinario; mi empeño es el ejercicio del fracaso porque pude fijarme en la oscuridad de una avalancha, en época seca, sobre una familia con un único sobreviviente o en el acceso "del maligno, del estrés, de la sicosis..." ¡qué sé yo!, en unas colegialas (más de cuarenta del mismo colegio) de éste mismo municipio, pero preferí la parquedad de un verano taciturno y sin fecha; y ahora estoy aquí tratando de verlo en Candelario, que ha terminado su cerveza y pide otra.

Parece que la cerveza le da a su voz un tono aflautado como si fuera una adulación permanente, así lo oigo diciéndole a Sergio, "chiquillo, gordito, dame una cerveza".

Vuelve, y como para iniciar la charla con un nuevo tema, le pido que me hable de sus padres.

Recuerdo de mi infancia con especial claridad la tarde en que leímos con mamá, una carta de mi abuela. Iba dirigida a mamá, pero era una despedida para todos: desde su casa de siempre, la casa de mi tío, mi abuela escribía que, a causa de los años y una aventajada enfermedad pulmonar, le era imposible hacer el camino que sube, empinado como una escalera, a mi casa. Lloramos. Releímos. Sus visitas siempre anunciadas con anterioridad duraban exactamente el tiempo que ella había calculado. Pasara lo que pasara su permanencia en nuestra casa ni se dilataba, ni se reducía.

Llegaba vestida con su saco de colores y su blusa pálida pero nueva. Desde el principio, cuando su voz llamaba, su presencia marcaba otros tiempos. Su rutina prudente contrastaba con los desmanes que hacía el desorden en nuestra casa. Sus comidas que establecían nuevos referentes en el reloj; sus medias tardes... Puede ser el ardor de la reminiscencia, pero estoy seguro de que así lo sentíamos, de que lo sentía ella también, por eso creyó absolutamente necesario despedirse.

Recordé lo de mi abuela cuando Candelario me habló de su madre Floralba.

Vaya uno a saber si fue el amor lo que le hizo dejar su casa en El Rosario, imposible comprobarlo ahora, lo cierto fue que la dejó para seguir a Carlos en la aventura escamosa de salir.

Como si alguien lo anunciara, primero fue un hombre y una mujer que llegaron a Yuracueva, un baldío amplio, de buenas tierras, con pocos vecinos todavía, pero esperando a más, al resto a los que les adjudicaron lote. Casi sin dinero pero con la fortuna de la juventud, el hombre y la mujer se hacen a un rancho. Después, son Floralba y Carlos más los hijos, Candelario es el último de cuatro. Años más tarde los hijos se van: Arturo a Cali, Luis al Ecuador (es lo más probable, hace cuarenta años que no saben de él), Emilia y Candelario a una vereda cerca del pueblo.

Otra vez el hombre y la mujer solos en Yuracueva, un baldío amplio y seco, mirando a los vecinos irse. Es en ese momento cuando Floralba establece una infraestructura posible entre su casa y la de Candelario.

—Ella venía casi pasando un día, pero no se quedaba porque a mi papá no lo quería dejar solo —dice Candelario y se queda callado.

Calla porque aparece Maira, su hija; yo aún no la conocía. Viene porque en su casa están esperando que su papá lleve una bolsa con papas y otras cosas que salió a comprar en la mañana. No está molesta, dice que siempre lo hace. Le digo que se siente, que estamos hablando de su abuela, y se sienta. Entonces les explico mi manera de entender a Floralba como una mujer que no admitió el derrumbamiento de la familia sino que extendió su casa fuera de los límites de la arquitectura para poder abarcar a todos. Y ella tan conversadora como su padre, dice:

—Mi abuela, yo me acuerdo, andaba mucho, venía seguido a vernos, claro que en ese tiempo no vivíamos aquí, sino en el Alto, más cerca, pero se gastaba unas dos horas (...) y nosotros no caímos en cuenta que ella se estaba enfermando de la cabeza.

Floralba hizo su casa enorme hasta perderse en ella. Como un recurso de la imaginación tuvo que andar realmente para no dejarse atrapar por la tristeza de la locura. Nadie se dio cuenta, ni siquiera Raquel que tiene una tienda en La Toma, y la miraba pasar constantemente porque su vereda se ubica después de Yuracueva, y sólo se ha hecho a la idea de que “era una mujer muy guapa (fuerte) para andar”. Y menos cuenta se dieron todos los que la vieron, primero buscando un costal de remesa que se le había perdido, después subiéndose a un carro que iba para El Tambo, y bajándose, ya en ese pueblo, y tomando otro que podía haber ido a Pasto o a Sotomayor o cualquier otro destino de la región.

A diferencia de mi abuela lo que Floralba no pudo hacer fue despedirse.

Todos los lugares los visitó Candelario en busca de su madre. “Yo cogí a buscarla por toda parte, yo fui a Policarpa, Sotomayor, La Llanada, Samaniego; estos alrededores, todo esto anduve yo buscándola, seis meses en paro que yo anduve por buscarla. Ya no tenía plata para andarla buscando, es que fui a Popayán, Cali... pero no fue capaz de encontrarla”.

A Candelario le parece que ella estaba en Pasto.

— ¿En Pasto la buscó? —le pregunto.

—En Pasto, calle, ahí está de testigo don Jesús Arias, la buscamos días enteritos.

Mi cerveza está por terminarse y la de Candelario también. Y como ahora somos tres con Maira, le pido a Sergio tres más, pero inmediatamente ella dice que más no, que debe llevar a su padre a casa. A cambio me propone que suba mañana en la tarde para mostrarme “unas fotos de la abuela”; con ese trato me siento satisfecho y nos despedimos.

\*

Ya son las cuatro de la tarde del lunes y me doy cuenta de que no fijamos una hora con exactitud. Hablamos de la tarde como si la palabra encerrara un momento preciso en un lugar preciso. Pienso en ello parado, dubitativo, en la esquina del parque donde ayer a ésta hora ya no estaban aquí los del juego de dados a los que la suerte, el dinero o el tiempo sólo les alcanzan hasta las dos de la tarde.

Luego subo las dos cuadras y un pedazo de carretera estrecha que hay desde el parque del pueblo hasta la casa de Candelario. Cuando llego, un silencio de lunes me recibe con su hálito vaporoso de tristeza. Llamo inmediatamente. Traspaso un cerco maltrecho de guaduas y alambre de púas que en otras mejores épocas habrá sido suficiente para aislar la vivienda de algún animal grande. Espero que aparezca Candelario pero no. Esta vez es Fátima, su esposa, quien me recibe, una señora que al contrario de su esposo es silenciosa.

A continuación se presenta Maira, me hacen seguir a un patio.

— ¿Qué es de don Candelario? pregunto.

—No llega todavía.

Fátima ha desaparecido y ahora vuelve con un tazón de chocolate y galletas.

Mientras tanto, Maira ha ido por las fotos. Viene con un cuadro grande. En él, Floralba y Carlos, en una de sus visitas a Las Lajas fechada en 1971. De fondo las puertas del Santuario. A Floralba su seriedad más sus brazos caídos le hace ver casi triste, la trenza que le abarca su cabello cano cae sobre su chalina vinotinto. Al lado, Carlos pone su mano sobre el hombro derecho de su esposa, mientras su rostro tiene una expresión como de

suspenso. El fotógrafo, bondadoso, ha cedido el primer plano a un grupo de once palomas que picotean frente a la pareja.

—Las palomas era para que alegren la foto —dice Maira y se ríe.

Tiene ocho fotos más en la mano y en ninguna Floralba es el centro de la imagen, son fotos compartidas. En dos está con su esposo y carga en sus brazos un niño. Tres fotografías son de reuniones familiares que corresponden a los años 1985, 1988 y 1990, según Maira calcula. La foto más curiosa es una instantánea en la que seis hombres, dos mujeres y tres niños posan detrás del cadáver de un adolescente muerto de “una enfermedad rara”, y casi tan blanco como el vestido que lleva Floralba, que es la única que mira a la cámara. Los otros ven, o intentan ver, el cuerpo vestido, indiferente y armado con un nardo en sus manos.

Son las cinco y quince y Candelario no llega; el que aparece es Oso, un perro negro de tamaño mediano, hijo de Perla, una perra de menor tamaño, envejecida y mansa. “Nosotros no dejamos acabar la raza, esta perrita es nieta de otra que teníamos allá, en Yuracueva”, dice Fátima que mira sus mascotas con orgullo.

Fátima vivió un poco más de dos años en Yuracueva, tenía trece cuando se casó y dejó su vereda natal; lo vivido allá, más que una evocación gris como esperaba de ella, una mujer con apariencia triste, es un vistoso rosario de alegrías.

—Yo le digo que allá era duro, pero duro era en toda parte. Lo que era allá, es que teníamos la tierra; y daba bueno. Teníamos la vecindad, nos comprendíamos bien. Teníamos buenas cosechas. Ya estaba la escuela. Lo que nos faltaba era el agua.

Para Maira, Yuracueva son los cuentos de su abuela más un juego de su memoria que le trae imágenes de cuando niña con la nitidez de los sueños que se quedan grabados:

—Mi abuela siempre nos contaba que a veces, en la madrugada, se miraba un carro de luces rojas que subía al cerro, daba una vuelta por encima de rastrojos y potreros y se regresaba por donde vino. Al otro día se iban a ver las huellas y nada, no encontraban nada.

Más tarde, ya en mi casa, pienso en Yuracueva como en un fantasma. Como el espectro que Candelario u otro quiere eludir y yo serenamente se lo planto en frente para que lo mire y sin sentir el débil estremecimiento lo encare como se encara el asco. Creo que todavía no he preguntado a ninguno si volverían a Yuracueva. La próxima vez aventaré esa cuestión a la primera, sin rodeos.

\*

Voy a asegurar que memoria no es sinónimo de fechas sino de sombras. La conspicua sombra de haber vivido tanto para olvidarlo o abandonar lo vivido a la suerte de un relato sin fechas, sin horas precisas. La oscuridad es arbitraria como la noche, como la mala memoria que escoge qué olvidar o sólo deja las imágenes a las que uno se ha agarrado con suficiencia. Así es hasta ahora la historia de Yuracueva, sucesos con fecha probable.

Candelario dice con precisión dos tipos de fecha: la de los nacimientos y la de las muertes. Cuando hablamos hoy, antes de coger camino a donde vamos, le pregunté por la fecha en la que su mamá se perdió, y empezó a hacer conjeturas, a trabar unos recuerdos con otros, esperando que ahí aparezca el dato: “fue cuando tumbaron las torres..., El Peñol no era municipio todavía... Mi papá vivió unos seis años después de eso... o más”.

Vamos a Yuracueva. Es sábado. Tuve que concretar la fecha por teléfono. Llamé a su hija porque Candelario no usa, ella dice que su papá sí tiene pero que lo deja en casa, se olvida de cargarlo y lo tiene apagado; pero él dice que no tiene y que no compra porque no le interesa que lo encuentren: “es que a veces uno quiere estar por ahí, y ya lo llaman que esto que lo otro, que afane, noooo”.

A medio camino, de la vía que sigue a Sotomayor se desprende la que va a Yuracueva, formado una “y”, justo ahí decidimos llevar algo para comer. Hay, en un restaurante solitario con tres mesas, en el fondo de una cocina oscurecida por el hollín, un racimo de chorizos brillantes, ahumándose sobre una hornilla sin fuego, que se impone como si fuera un altar. “Hay chorizo y yuca”, nos dijeron en el restaurante, y nosotros ya lo sabíamos y no queríamos más. Pedimos seis mil pesos. Al despedirnos le preguntan a Candelario a dónde vamos, y él responde: *Allá bajo en el Patía un negro me desafía, el cuerpo se hará pedazos pero la negrita es mía.*

Con una carcajada nos vamos. Unos metros más abajo, me habló (siempre dice algo, alguna cosa) de lo fértiles que resultan esas tierras por las que en ese momento pasábamos, recalca que la ventaja de ellos es que tiene dos sistemas de riego. Casi al terminar de decirlo, pasamos frente a un pequeño lote de cebolla cabezona, un lote pequeño y faldudo, con un cultivo que no daba esperanzas; yo lo miré y Candelario lo miró: “Esta cebolla la dejaron dañar por el precio, a seis mil pesos el bulto, eso no sirve”, Candelario no se equivoca. No puede equivocarse porque en el campo la economía es cruda, sencilla: sirve o no sirve.

Un bulto de cincuenta kilos de cebollas cabezonas tiene el mismo precio que los cuatro chorizos y los cinco trocitos de yuca que llevamos en una bolsa de kilo.

Por otra parte, parece que Candelario se divierte mucho sobre la moto en la que vamos: saluda a todo el que encuentra: “Hola chiquilla, hola chiquillo”.

Llegamos a las once y veinte. Una mosca grande y azulada zumba y vuela dando giros inesperados por encima de nuestras cabezas, nos sentamos debajo de un árbol enmarañado y abrimos el paquete de los chorizos todavía tibios; el sabor a cebollas, ajos y carne me hizo desear más. Mientras tanto Candelario recordaba a su tatarabuelo Benjamín:

—El abuelo de mi papá, que fue coronel, fue de España y vino a Colombia. Y anduvo por aquí, y en todo Colombia regó familia.

Ya Maira en su casa me había contado esa historia pero con diferente nacionalidad: alemana. Según ella su apellido procede de Alemania pero Candelario sostiene que no es así, que es de España.

Caminamos cinco minutos, suficientes para terminar de subir el cerro, desde donde puede verse las altas cumbres de las cordilleras que circundan el reverberante Valle del Patía, los numerosos puntos geográficos bajo la espectralidad de su silencio, y también la propia y enmarañada, y aún menos diciente para los extranjeros, geografía de Yuracueva con sus puntos de referencia: “La Herradura, El Tablón, El Ventarrón, El Higuerón, La Guada Grande, La Planada”. Desde donde estamos se mira un pedazo de El Tablón: una pradera llana con pasto para el ganado, que diversos grupos de árboles, cada tanto, le dan un brillo exótico que merecería un nombre menos ramplón. A Candelario ese paisaje le hace mencionar por primera vez a Aura, la niña que vio despedirse a Lino:

—Allá vivía don Aurelio con las hijas; yo era el novio de una de ellas. De Aura fui novio un tiempo, después me conseguí a la hija de don Gonzalo, la Mercedes. Don Gonzalo, tuvo muchas mujeres, cinco, y casado por la iglesia con todas cinco. Cuando se le murió la tercera, que se llamó Lupercia, él le rogó a mi mamá que le fuera a traer una mujer a Policarpa; cualquiera, la que sirva. Y mi mamá le consiguió una mujer que se llamaba Angelina; ella vino con una niña pequeña. Ella se creció, y cuando se murió la Angelina, don Gonzalo se casó con la entenada. Pero antes de casarse, yo dejé a la Mercedes y me conseguí a la entenada, Gloria se llamaba.

La evocación de mi compañero es un ramillete de personas unidas con el fuerte eslabón de los amoríos. Todos ellos proclamados por Candelario como una larga pero pasada victoria, que ahora le sirve para ir enumerando sobre la nada de los arrabales, donde si acaso ha sobrevivido una veranera a la voraz corrupción verde de la montaña, el vecindario. Esa nada rebelde, relativa, que mi narración trata de hacer suya, de asir, abarca potreros, bosquecitos de Pendo, “esos sitios y vegas”, una que otra ruina y el camino, los caminos, todo igualado por estar a merced de la memoria.

— ¿Por aquí había más casas? —le pregunto al llegar a un claro, después de pasar una parte pantanosa y oscura del camino gracias a la sombra de los árboles que lo cubren.

—Ahí era de don Rogerio. Aquí vivía don Gabriel. Allá era la otra escuela que había. Aquí vivía el Julio. Ahí arribita, doña Carmen. Allá bajo, don Ramón. Más allá tras, don Salvador. Ahí subiendo un poquito, doña María del Carmen, de la escuela más arriba. Y al lado la hija. La mayoría vivía por aquí.

—La zona de población, así llama Candelario al lugar donde nos encontramos, es una extensión de cinco hectáreas que los “comuneros” dejaron, reservaron, y que sólo ellos ocuparían pero que no ocupó nadie. Seguimos hacia el norte, unos doscientos metros más allá se ve el rancho de Fernando, las ramas de unos árboles lo ocultan. Un camino angosto y con partes negras o anaranjadas se esconde entre el pastizal, nos conduce irremediabilmente, así como Yuracueva le determinó a Candelario sus destinos en otras zonas del país, mostrándole un sendero angosto y cambiante, con su norte recalitrante.

—El verano fue el que nos sacó de aquí a todos; yo perdí dos cosechas en paro. Y lo peor fue que saqué, en ese tiempo, ocho mil pesos a la Caja Agraria, en El Tambo, y no tuve con qué pagarlos porque no se cosechó nada, nada, todo se perdió. ¿Y sabe a dónde me tocó ir para pagar la deuda? Fui hasta Santa Marta, a cosechar algodón. Cuatro meses jalando una lona de una braza, en un plan que no tenía fin, todo el día agachando la espalda.

Cuando termina de contarme su huida a la costa atlántica hemos llegado al rancho. Candelario golpea las puertas llamando, “Fernandoooo”. Se ríe, mira todo: la tulpa fría, una lavajilla sin jabón, unos zapatos viejos llenos de barro, una varita, “el bordón para salir de La Herradura”. Yo me quedo mirando dos cráneos pequeños suspendidos, cada uno, de un clavo en la pared de tabla: “el venado —dice Candelario—, ese también es venado”. Uno de ellos tiene un cuerno vertical y agudo que hace fácil la identificación, el otro de un tamaño semejante pero con una forma sutilmente convexa y sin cuernos, es irreconocible; no para Candelario que resuelve inmediatamente: “éste es macho —refiriéndose al cráneo con cuerno—, vea el cacho, ese es hembra”. Semanas después le preguntaré a Fernando sobre los cráneos, me dirá: “el uno es de venado, el otro no sé de qué animalito es”. Fernando sabe mucho de esqueletos, sobre todo de cráneos de venado. Tiene cinco en su

casa de El Peñol. Sabe que la cabeza de la hembra no tiene cachos pero que la figura es la misma que la del macho. Por lo tanto, para él, la cabeza de la hembra no tiene gracia porque no tiene cachos. Pero Candelario tiene convicción y sabe lo que Fernando no ha descubierto y le basta con señalar con el dedo y decir: macho, hembra, y punto.

Cuando dejamos la casa, el viento empieza a soplar con una intensidad variable que a veces, en su paroxismo, no me deja escuchar lo que mi compañero dice. En Yuracueva, en lo alto, donde estamos, es suficiente con andar unos minutos cambiando la orientación para ver un nuevo cañón, para ver, sea el río Patía, el Juanambú o el Guáitara.

Las treinta hectáreas de Candelario están en el lado del Patía, una extensión que se descuelga hasta la ribera del río:

—Esta es la loma mía, de ahí para abajo es lo mío. Y esto de aquí para allá también es mío, hasta voltear en ese filo... Pero abandonadas por falta del agua. Si me hubiera llegado ese canal de riego yo no estuviera aquí, digamos... yo estuviera aquí, yo no hubiera salido, yo tuviera mi finca y sembrara plátano, sembrara yuca, cebolla. Allá arriba tenía una huerta y sembraba... —parece que mi compañero se cansa del tema y cambia — ¿usted conoce el Campanillo?

—No, ¿qué es?

—Ese, esa flor moradita —señalando un arbusto con unas pálidas flores violetas—. Este es el Campanillo.

— ¿Para qué es, para qué sirve? —le pregunto, todavía sin ver nada especial en sus hojas verdes y escasas y con esa pragmática maquinal que hace que interroguemos por las cosas según su uso.

—Ese es un gran palo, claro. Vea, si usted tiene una quebradura yo se la mido, la quebradura, con un papelito de seda y voy y la pego allá, en el tronco: le abro una puertita (en la corteza), la alzo, pongo el papel y la sello. A los seis meses lo vengo a ver, si está sellado, usted está curado. Sí señor. Ese es un secreto, yo he curado a muchos así. Uno viene y mira el palo, si está curado el palo, usted también; si el palo se ha descascarado, no se ha curado, toca hacerle nuevamente porque no está curado usted. Eso sí es efectivo.

—Eso no sabía —le digo asombrado.

Y no miramos más sino que nos tragamos el aire liviano que trajo el viento y damos la vuelta para repechar hasta que el arbusto de campanillo ya no podía verse; hasta que se nos puso al paso un alambrado de púas enmascarado por el óxido y en el frente, tras la cerca, el sitio exacto donde fue la casa de Candelario. Pero no había nada que lo dijera por sí mismo. Y había que señalarlo y, para más, decir: “ahí donde está ese Guayaco grande”.

De aquí se mira gran parte del pequeño municipio de El Peñol, y Candelario va nombrándolo:”...La Cuchilla, La Toma, Papao, descubriéndolo. Le digo entonces, lo interrumpo casi:

—Esta es la única vereda que no... —Y Candelario me interrumpe a su vez.

—La única que usted no conocía.

—No. La única que no tiene gente— termino.

No obstante, él tiene razón: no la conozco.

También la noche se te asemeja,

la noche remota que llora,

muda, en el corazón profundo,

y las estrellas pasan cansadas.

Cesare Pavese

## SEGUNDA PARTE

De la mano de su mamá Floralba y por éste camino y en la oscuridad temprana de una noche que de fecha no se acuerda nadie, Candelario miró la llamarada que se inflamaba sobre una roca. Una llama poderosa que más que miedo le ha hecho creer que ésta tierra guarda su tesoro propio.

Era una huaca, dice, es una huaca ¿verá si venimos a sacarla?

\*

Este mediodía secante que me salvaguarda ha hendido como trozo de espejo sus rayos en el barro que dejó la lluvia. Serpenteando escalo encorvado y atento sobre la moto. Trato de localizar un punto, la roca donde la llama arde con el fuego de la plata libertaria, del tesoro independentista de hace tantos años enterrado, al paso omnímoda de Bolívar que también fue por aquí, o al menos eso dice Candelario, que ha vivido setenta años y que los ha visto con sus ojos pequeñitos brillantes, y que el tiempo le ha alcanzado lo suficiente para las más de mil mujeres que ha “conocido” y para abrirse a las riberas del desarraigo un techo reminiscente que le abre a uno cuando dice “ésta es la tierra mía de vivir”.

\*

Un camino abandonado, que a fuerza de brazo los habitantes abrieron un día, empieza a subir, lleno de piedras y zanjas, de hierbas que devoran partes de la trocha; eso me muestra que he llegado. De ahí, un hálito tibio, un bosque espinoso y marchito y una roca como púlpito enorme, empiezan a quedar atrás. El camino sigue, se empina. Las mariposas prendidas del suelo, se alzan en vuelo, abriendo paso.

En lo alto un viento precipitado se acrecienta en la tarde sobre los arbustos hasta doblarlos. En las partes hondas los ríos que van al mar están haciéndose un solo caudal, una sola agua, revirtiendo su curso unos, para dejarse mover hacia el otro lado que es la voluntad del otro, del más grande, el Patía. Ese mismo río que no divide sino que unifica, y por el que hace siglos los Sindaguas pasearon su aspereza de indios y su pasado Maya que, según José Rafael Sañudo, “toca los lindes de la certidumbre”. También de Yuracueva podemos decir que no alcanza la certeza, que medio toca los lindes y que por momentos parece tan etérea frente a su valle tácito y terrenal que agiganta tunas de espinas y abotona flores de color dulce y amargo sobre chaparros de ramas secas.

Si fuera un día de diciembre de hace varios años, el recorrido por estos caminos sería interrumpido al encuentro con los arduos moradores que, tenaces, cultivan la tierra, y en ello no habría sorpresa, solo el designio de los lugares a los que se llega por un solo camino. Pero si es un lunes contemporáneo, en un diciembre como éste mío, el encuentro en esta tierra con un desconocido resulta excitante, tanto más, si ese otro, de yin y camisa deportiva desencaja en el paisaje.

Anselmo me mira con rareza, viene en un caballo negro con montura, yo lo miro de arriba a abajo pero de soslayo, de manera que noto una mirada recia, su camisa a cuadros, y su arma al cinto. El último detalle hace que le explique mi situación rápidamente, sin omitir cosa alguna, y queriendo que no me confunda con un ladrón de vacas o quién sabe qué cosa.

Sin bajarse de su caballo me dice que él viene de ver unas reses en la propiedad de Celina; se entiende la necesidad de estar pendiente, pues, suelen perderse algunas cabezas de ganado.

Y ya con la tranquilidad que inspira un lugareño como don Anselmo me atrevo a mirarlo, otra vez, de arriba a abajo. Esta vez su mirada no me resulta recia sino por el contrario, suave. Su camisa podría decirse que es más oscura que variopinta y “su arma” no es otra que la navaja con la que pelaría alguna fruta. Yo le digo que ojalá vuelva pronto, que estaré instalado por unos días en el rancho de Fernando.

Si fuera un día de cualquier año de mitad del siglo anterior, los caminos tuvieran el rastro de las recuas y las pisadas de los hombres que llegan de otras partes. Algunos llega por primera vez y otros llegan porque vuelven. A los primeros el fértil paisaje los sorprenderá con la gracia de los buenos cultivos, los verdes prados y las buenas maderas, acunando un sentimiento acaso previsto ya en la víspera. Seguirán mirándolo todo y preguntando y poniendo una casa imaginaria, en alguna parte del terreno, de las tantas que hay, de las buenas y vistosas partes en las que cualquiera pondría rancho con la ilusión de ser el dueño del mejor paisaje. Pero habrá de ofrecérseles el problema, del abastecimiento del agua, y un poco descontentos correrán su casa imaginaria unos metros, cerca de algún pozo que recoja las aguas lluvias y el sereno de las noches que en los vicundos se hace chorro. O quizás, no prevean nada de esto y solo miren “la hondonada de tierras negras”, buenas. Si es así estarán pensando, estarán queriendo quedarse; endeudándose para adquirir un pedazo de tierra y hacer un rancho de cartón o de bahareque. O tal vez, sean algunas de las personas afortunadas y tengan la adjudicación a su nombre de varias hectáreas por parte del INCORA, entonces, no habrá que preocuparse más que por la casa.

Y a los últimos, a los que llegan porque vuelven; una ansiedad los empujará y los halará, haciéndoles dar pasos largos. Y cuando estén a medio camino, el viento del Guáitara les recordará definitivamente que están en casa, porque de mucho puede olvidarse el hombre pero no del viento, del viento en Yuracueva. Un lugareño o tal vez varios lo verán venir y comentarán entre ellos: “hacia cuánto no se lo veía”. Y si lo encuentran de cerca le saludarán diciendo “¿qué milagro se lo mira en estas tierras?”, y al recién llegado una risa tenebrosa le callará la respuesta, sin saber qué decir porque seguro era uno de esos que se van con la idea de “hacer vida en otro lado”.

Más arriba, el camino es de herradura, un cerco de alambre de púas lo encallejona, y angosto entre las ramas que sintieron la soledad como un abono, me conduce al rancho que me espera. Un rancho de material (concreto, ladrillo, cemento) y tabla, cercado por dos cuerdas de alambre de púas y con el brillo de las cosas que se usan todavía.

Llevo una ración pequeña de arroz, panela, papas y fideos, dos atunes, galletas de sal, cinco zanahorias y cuatro plátanos. Un par de libros y la agenda. No es mucho pero la maleta pesa, cansa.

En la casa de Fernando, las llaves se esconden en la ranura que queda entre una baranda y unas hojas de zinc que pegadas a ella hacen la pared que protege la hornilla. Las busco. Las encuentro. Abro la puerta: un cuarto con un par de colchonetas, baldes, ollas, palas, ropas colgadas. Dejo la maleta con mis cosas en el piso.

Reviso los chécheres que guarda Fernando: hay lo necesario para instalarse por varios días. Miento. Hay lo necesario para quedarse a vivir. Para vivir “una vida de tranquila desesperación” como diría Henry David Thoreau. Hay el doble de alimentos de los que

traigo. Hay un paquete de galletas de las mismas que tengo pero a medio acabar. Hay, junto a la hornilla, leña y fósforos. De no traer nada lo único que me hubiera hecho falta son los libros.

\*

El viento se agita y un muñeco de juguete, descolorido y hueco en la cabeza, se menea amarrado en la viga del techo. Salgo con dirección a la escuela; al mapa dibujado en la pared los días le han ido dibujando más puntos que añadir a su corta lista de convenciones. Sus rayas y puntos que definen los caminos son más visibles que las trémulas letras que etiquetan los apellidos de las familias ya pocas. Esta pintura ubica el pasado en el presente porque nos lo cuenta. Yo trato de ubicar las demás viviendas que en él figuran. La mayoría está cerca a éste lugar.

Preciso el lugar de la cancha y me dirijo hacia allá. A unos doscientos metros. Llego y es difícil acertar. Un bosque de arbustos espinosos no permite ver la posible ubicación de los arcos de madera que enmarcaron la silueta del derrotado arquero frente al genio de Herney Rivera que era "naturalista con el balón", "buen jugador", el mejor. Mirando la nada oscura de los árboles pienso en las palabras que Candelario utiliza cuando quiere dar una idea de lo que fue la comunidad: "Habían dos equipos de fútbol", dice eso y calla un momento como pensando que con eso es suficiente.

Es tarde ya, y como en el rancho no hay luz eléctrica decido regresar para preparar algo de comer. Me alejo de la montañita de árboles espinosos, subo un poco y por el camino el viento me tira el sombrero que llevo puesto.

\*

La niebla densa hace que parezca más tarde de lo que es. Una nube que no se quedará esta noche se desvanece empujada por el viento y pasa por el patio haciendo sonar lúgubremente el interior del cuerpo del muñeco ensanchado, hueco y roto en la cabeza que Fernando amarró en la viga del techo.

Tengo planeado pasar quince días aquí. Sin embargo cuando llego a un lugar no pienso en los días o las horas que pasaré allí. Pienso en la posibilidad de que el nuevo espacio convenga entre la llegada y la ida. Por ello creo que quince días no son lo suficiente o insuficiente para hacerme una idea de lo que significó vivir aquí, sino más bien una medición, un tamaño.

La ida es también la llegada pero ambas son un perder. En Las Cochas, una vereda cercana, en una casa pequeña de material, construida al lado de otra de bahareque, Emérita reposa parte de su memoria en la memoria de su esposo:

—Doña Emérita, ¿cuál es su fecha de nacimiento?

— ¿Cuál es el año, Fidencio?

Así como los lugares tienen repartida su memoria entre sus espacios propios y la imagen que pervive en sus habitantes, Yuracueva ha equilibrado su historia en sus caminos, en sus ruinas y en los hombres y mujeres que la vivieron.

Llegaron familias de El Tambo, El Rosario, Sotomayor, Policarpa; Personas suficientes para conformar una comunidad. Lucharon, trabajaron, festejaron, murieron, se fueron. Salieron.

En la cocineta, sentado en una silla de plástico al lado de una mesa, frente a Emérita, que tímida prefirió quedarse de pie, la escucho mientras ella me cuenta su vida, con la ayuda de Fidencio que está en una habitación contigua, guardando cama.

— ¿Usted venía con ese destino de ya no volver?

—No. Después de completar el mes cuidando la señora; doña Erminda me rogó que me quede trabajando. Y me quedé.

—Y desde ese momento ya no ha vuelto a Yuracueva.

—No... ni siquiera a pasearme. Qué pena.

\*

La noche estuvo bien. Logré conciliar con el insomnio que padezco para que reconozca nuestra condición de visitantes solitarios, de buenos huéspedes que se duermen temprano. Afuera el muñeco hueco hacía ulular penosamente el viento en su formada y brillante caverna de plástico. Adentro la luz de la vela, débil, como si iluminara la intemperie del mundo, y yo hundiendo mi espalda sobre un colchón más blando de lo que esperaba.

Son las nueve de la mañana, un sol que se pelea entre los nubarrones logra poner sus rayos rojizos en el frente de la casa. Me dispongo a salir antes de que esos rayos empiecen a sofocar el aire fresco.

La moto en que vine a Yuracueva es roja, y de fabricación japonesa. Es japonesa pero parece hecha para subir los caminos destapados y pendientes que hay aquí. Estará ahí, quieta hasta que sea la hora de partir porque aquí arriba no sirve. Le hecho una frazada vieja sobre su armatoste para que la defienda del sol. La dejo en el pequeño corredor de

tierra que da a un cobertizo lateral que protege un montón de madera. En la parte trasera de la casa, Fernando, tiene puesto un barril de plástico que recoge las aguas lluvias. Dentro, en la habitación tiene otro igual con agua: "El que está en el dormitorio hay que estarlo llenando con agua del que está atrás." El de atrás está lleno, Fernando ha dispuesto que los canaletes que recogen las aguas lluvias del techo terminen en la boca del improvisado tanque, por lo tanto, si llueve no habrá que ir a otra parte por el líquido vital.

Precisamente allá quiero ir hoy, allá donde estaban los hilitos de agua. Primero a "El Higuieron", a unos dos kilómetros del rancho.

Llego y no encuentro un árbol enorme como el nombre lo indicaba. Hay unos matorrales casi impenetrables que escondían con su follaje un suelo provisto de humedad. De ahí es que Gonzalo, un anciano sordo que vive en El Tambo, recogía de "cinco a diez litros... muy temprano, en la madrugada. Tocaba así porque eran varios los que querían el agua".

Sentado en una banca del parque de su pueblo Gonzalo mira la caseta de los tradicionales helados de paila y me invita a uno. La primera vez que hablamos lo hicimos en su casa apoltronados en los viejos sillones que miran a la calle por la puerta abierta. Tenía que repetir, a veces, lo que decía pues no lograba que me escuchara. Gonzalo vive con su hija Sol, fue ella quien me dijo que se había ido al parque "hace un ratico". Fui allá. Esperaba que fuéramos a la casa para "charlar tranquilamente" pero Gonzalo dijo que apenas llegaba, que lo acompañe a mirar "pasar la gente".

Compramos un helado, para mí porque a él le hace malo el azúcar y mientras regresamos a la banca Gonzalo mira el árbol más grande del parque (un nogal frondoso, sembrado hace cuarenta años) y dice:

—Así, más grande que ese palo, era el higuerón. En la sombra que hacía había un pocito y de allí cogíamos el agua, pero qué; no alcanzaba.

Después de vivir en El Paso (un punto que está sobre el río Patía, al pie del cerro de Yuracueva) y de largarse de allí porque la ruina lo alumbró a plenitud con su linterna infecta, a Gonzalo no le dio por otra cosa que subirse a la corota de la loma en la que vivía.

—Nos fuimos porque abajo, en El Paso, se puso malo, malísimo.

Anselmo, el padre de Gonzalo, pensó en hacer en un lote que tenía al lado de su casa un restaurante y lugar de hospedaje, que se llamaría, sencillamente, Hospedaje y Restaurante. Lo pensó y no era una idea aventurera porque El Paso era un lugar estratégico para los hombres que venían con su recua de carga de la cordillera, "de los pueblos de El Rosario, Policarpa o de más adentro" y que preferían esta ruta para sacar sus productos a El Peñol, El Tambo, Pasto y Sandoná. Lo único era que Anselmo no contaba con el dinero para la inversión.

—Mi papá me convenció que venda una yunta de bueyes de arar que yo tenía.

Vendió los bueyes con todo y reja, yugo, manilas y su buena fama de arador. Como si con aquellos animales mansos se hubiera ido amarrado el pilar de la tranquilidad, a Gonzalo le quedó una empresa con un porvenir inclemente.

—Lo malo fue cuando abrieron la vía. Construyeron un puente de concreto. Nosotros pensábamos que eso se iba a poner mejor pero no fue así.

Después de terminado el rancho de madera y techo de zinc, los dueños del nuevo "Restaurante y Hospedaje", Gonzalo y Anselmo, lo inauguraron con una pompa impostada

que nadie recuerda, más fruto de la necesidad de asegurar uno que otro comensal que de la alegría. Fue rápido y con urgencia, casi con la misma urgencia con que se adentraban un grupo de hombres rudos y de otros no tanto, abriendo una trocha definitiva que sustituiría el viejo camino de herradura. El progreso caminaba y todos se unían para que camine más rápido.

La carretera ya estaba cerca. Gonzalo estaba contento por esos días, eran unos buenos tiempos, había trabajo, los contratistas traían hasta extranjeros para hacer las labores que se presentaran. Labores que por las difíciles características del terreno encerraban peligros mortales y hacían lento el trazo.

Después de esa bonanza vino la incertidumbre. Con la vía y un puente nuevo terminados, los arrieros ya no eran los transeúntes, sino unos desvencijados camiones que cargaban la que antes parecía abundante carga y que ahora un camión parecía ser suficiente. En el caserío los habitantes que antes esperaban eran, ahora, espectadores de una desolada ruta monótona que después de la construcción del puente, cuando hubo mucho forastero, no volvió a ser el centro de nada; solo unos ranchos a la orilla de un río que se quedaron mirando cómo El Paso feo se había vuelto nuevo y de concreto.

Pero Gonzalo no quería quedarse y se fue. Una escapatoria que por lo improvisada no podía llegar muy lejos. Del pie a la corona del cerro, a Yuracueva. Allá no iba a ser cualquiera, iba a ser el tendero.

—Vendí lo que tenía y me compré un lotecito. Hice un rancho y puse un granero.

—Ese año que él llegó —dice Aura— y puso la tienda fue, ya cuando empezó el verano a jodernos. Aura, la misma Aura que dijo de Lino lo que dijo; la misma que fue novia de

Candelario, según él (ella dice que no se acuerda de eso). Recuerda a Gonzalo porque, aunque no era el único, sólo él tuvo la mala suerte de dejarse ver robando el agua, la escasa agua que Aurelio, el padre de Aura, cultivaba y protegía en un pequeño predio:

—Mi papá tenía una arboleda, una montañita pequeña y le tenía hecho pocitos. Unos agujeros que por dentro eran hondos y anchos en comparación a la boca, por la que solamente cabía una totuma pequeña.

Ese bosquecillo florecido de vicundos y de barbacha era la manzana de la discordia. Aurelio lo cercaba y le tendía ramas con espinas. A los días se daba cuenta de que esa barrera había sido violada, que habían entrado como perros haciendo paso, que en el afán dañaban los pozos obrados con paciencia y con la necesidad de proteger el agua para los suyos. Pero Aurelio todavía no le conocía la cara al ladrón, hasta esa tarde en que Gonzalo, por no ir hasta El Higuierón, se aventuró a coger un poco para hacer la cena.

—Estuve de trabajador, seguramente, y llegué tarde y no había agua. Estaba cansado para ir a El Higuierón.

Ese día, lo que Gonzalo dice descubrir es que si había agua, sea en los predios de quien sea, pues esa agua era de todos. Lo cierto es que cuando Aurelio lo encontró ni siquiera lo dejó hablar. No hicieron falta los argumentos ante la disparada de insultos con que Aurelio supo colmar a Gonzalo, cobrándole por todos los que se arrastraron bajo la cerca por un poco de agua.

De la misma manera lo recuerda Carmen, una mujer que vive en Las Cochas, un punto con unas cuantas casas a la orilla de la vía a Sotomayor, en una casa grande con un aspecto de almacén. A ella la llevó su marido en el tiempo más seco:

—Me llevó en junio, ¡Dios mío! Nos tocaba a la una de la mañana, a las dos de la mañana, porque si íbamos de día no la encontrábamos, unos u otros se la llevaban, teníamos que levantarnos a buscar, casi que a robar el agua donde el vecino.

Carmen se refiere al mismo lugar, al Totoco, a la misma montañita cercada, protegida con vehemencia por encierros de espinas. Ella piensa que las personas salen por necesidades, que en el tiempo que pasó en Yuracueva se hizo necesario salir porque ya esperaba su segundo bebé y no pensaba tenerlo en un lugar donde ni siquiera hubiera lo fundamental, como el agua.

Mientras regreso de El Higuero voy observando atentamente, queriendo descubrir entre los grupos de árboles unos que por su estrechez y humedad pudieran resguardar en su suelo ojitos de agua. Pero no descubro aquello que han llamado El Totoco. Sí me encuentro es con algunos charcos de agua turbia a la orilla del camino; agua que consumían sin preocuparse por su pureza, sin ver que tiene el color del "Cafecito en leche", de la "tierrita gredosa" y que no era exclusivo para las personas, sino que la compartían con el ganado, las gallinas, los chivos, los marranos, las ovejas.

Diferente a hace cincuenta años, existe en Yuracueva el suministro de riego, hay desperdigados en el cerro hidrantes de unos y de otros. Son unos pocos los que los utilizan por varias razones. En primer lugar no todos los que poseían tierras en Yuracueva tenían, como Candelario, más de diez hectáreas, algunos tenían dos, una; lotes pequeños que quedaron absorbidos dentro de la propiedad de algún otro. Por otro lado el proyecto cubría los gastos de tubería hasta cierto punto, no iba hasta donde se quisiera exactamente; si alguien tenía un terreno en El Tablón pues tenía que costear los cientos de metros que hay

desde la parte alta hasta allá. Y por último se dice que el agua no tiene la capacidad para funcionar como se quisiera. Algunos dicen que hubo recortes y no se le hicieron al canal todos sus requerimientos tecnológicos; la mayoría de la gente está contenta porque tiene agua y no hablan mucho del tema. Es que al final los más afectados fueron los dueños de aquí; sucede que la altura topográfica de Yuracueva, en la cima, es menor por alrededor de solo cien metros de la altura donde está el tanque de almacenamiento; eso quiere decir que, finalizando el recorrido, el agua tiene que subir, lo que le quita fuerza para mover un aspersor por ejemplo. El topógrafo con quien vine, decía que esos cien metros de diferencia eran suficientes, y tal vez no lo fueron. Además se dice que hubo gente que hizo política con eso y empezó a colgarle más usuarios al proyecto, lo cual parece lógico, que sea para todos, y que es por eso que adonde, según el nombre del proyecto, tenía que llegar el agua, no llegó.

\*

Es jueves, ya son tres noches aquí. Ayer esperaba que Fernando venga y no sabía si darle agua de panela con galletas de las que traje o de las que él tenía que son de las mismas que yo tengo. Pero no vino. Es probable que venga hoy pero a diferencia de ayer, hoy no pienso esperarlo: quiero bajar al río, al Patía. Quiero ver todo aquello de lo que me ha hablado Gonzalo.

Me levanté temprano, cociné arroz con papa picada y un guiso de zanahoria con atún. En una botella de plástico llené limonada. Tomo el sombrero y salgo.

He calculado que me tomará un poco menos de tres horas bajar; son las siete y cuarto, alrededor de las diez llegaría al Patía; si me estoy dos horas allá puede que vuelva entre las

tres y las cuatro de la tarde. De tal manera que si Fernando viene es más probable que nos encontremos ahora, mientras voy, que en la tarde cuando regrese.

Podría bajar en la moto, sería mucho más rápido pero prefiero caminar, el camino no me genera mucha confianza y si le sucediera algo al motor o las llantas no sé qué haría.

Son las nueve y cincuenta y he llegado. El calor hace que tome un sorbo de la limonada que he traído en una botella. Mientras tanto doy una rápida inspección alrededor y no descubro mayor cosa. A decir verdad descubro que no hay nada de éste lado del río, que la vegetación parece más áspera, que las pocas casas están del otro lado y que para pasar hay que hacerlo por una tarabita que no sé quién maneje.

Una seca amargura me hace pensar en el poema de William Ospina y así como él, me repito sus versos como si fueran la certeza pura: *“Aquí he vuelto. No entiendo porqué quiero estos llanos/ secos, este peñasco sombrío que entre nubes/ descuella como el lomo de un escualo gigante/ sobre la cordillera. / algo me trae ahora bajo este sol sin bordes/ que asesina los ríos y alarga las raíces, / a probarme en el lomo de los potros, cruzando/ la extensión sin caminos.”*

Ya no hay puente, ni nuevo ni viejo. Quedan unos barrotes a cada lado del río.

Los gruesos cables de cobre que atraviesan el río a unos diez metros de altura tienen un color oscuro, como si el sol se los hubiera dado. Abajo, el río indiferente sigue su curso, llevándose una lata de cerveza en sus aguas. Una lata que pudieron haberla soltado desde algún puente en el Juanambú, el Patía, el Guáitara o cualquiera de los puentes en cualquiera de las quebradas que los surten, y que ahora está aquí con un destino más o menos claro, más o menos irremediable. Al otro lado un techo de zinc alumbraba como devolviéndole al

sol los rayos que este le ha puesto encima; la carretera se ve más limpia, más transitable del lado de allá. Los árboles no son los mismos de ese lado, se ven frondosos y de un verde que provoca sombras amables, bajo las cuales se esconden otros ranchos que no están exactamente del otro extremo, sino subiendo unos metros, más allá de una cancha para microfútbol que con este sol, sólo verla cansa. Más allá una docena de casas cercanas bordean la vía.

Habrà seguramente, en esas casas, alguien que se encargue de pasar personas pero no se ha dado cuenta de que estoy aquí, esperando sobre una como tarima de tierra adornada por una columna de material sobre la que se cuelga el cable, y que tiembla. Regreso al rancho.

\*

Un pájaro ha hecho su nido en una rendija de la pared, sale muy temprano y vuelve cada rato. No le he podido ver aún y creo que él a mí tampoco. Pero me ha dado por pensar que me odia, que espera mi desalojo.

No quisiera molestar a nadie. Tampoco a un ave, así sea un cucarachero, como ésta. Acostumbran hacer sus nidos en lugares que a otros animales les resultarían inapropiados. La verdad es que fuera mejor que pudiera escoger un árbol. Uno con un gran tronco y unas fuertes ramas. Hay muchos con esas cualidades aquí. He visto nidos sobre aquellos árboles. Son verdaderas construcciones, pero no debe ser fácil terminar uno, menos si eres tan pequeño como un cucarachero y si en contra está un viento como el de aquí. Ya me lo imagino viendo volar lejos sus hierbitas secas puestas con tanto esfuerzo. Por eso ellos prefieren las casas o los matorrales de baja altura.

Mi compañero de casa me hace pensar que quisiera escribir: alguien llama, lejos, a alguien..., los perros ladran con afán de muerte..., los trabajadores llenan de sonidos con sus charlas... decir que afuera ocurre toda la prisa mientras que adentro solo es posible esperar.

Me cuesta toda la tranquilidad que el entorno no sea benévolo con un estudiante, que no diga "obsérvame y descríbeme", sino que haga como el cucarachero que se esconde dentro de mi propia casa y ni siquiera se deja ver. Puedo escucharlo, tengo que escucharlo e imaginar que es él y no una rata. Escucharlo como si fuera parte del interior de todo, restándose a lo de afuera; exigiéndome toda la atención para ver nada, para volverme a adentro y escribir dos líneas inútiles. Entonces es cuando caigo en cuenta de que estoy contando la historia de un lugar deshabitado, a donde hace décadas los hombres sólo vienen esporádicamente. Algunos, los más, a ver su ganado, otros, por no decir que Fernando, a probar suerte en la siembra de fríjol y maíz. Y yo he venido a ver pero ya no sé qué ver.

Entonces salgo y miro.

Mirándolo mido otras distancias, unas que se han hecho de otras sensaciones, que han pasado por rituales profanos como por la más sacra de las agonías. Mirándolo puedo tapar el sol tras su forma. El mismo juguete viejo y autómeta seguirá en su suicidio con mucha más decisión de la esperada. Yo lo miro: es el muñeco que Fernando ha colgado en el patio, una mancha verdosa ha cubierto casi todo su cuerpo blanco. Lo miro y pienso. Vuelvo a mi cuarto. Desde el principio había dudado entre hacerle un poema o tomarle una foto. Al final me decidí por lo primero:

**Elegía -a un muñeco**

Fueron a andar bajo la vieja noche,  
Bajo lunas de sombras sordas, sobre  
El suelo infraganti de la misma tierra.  
Como un corazón atrincherado era,  
Bajo vientos cincelados de otros vientos.

Hombres acaban de romper la cáscara,  
Vulnerables a delirio y juventud,  
No vieron el filo invisible de la hoja  
Crecido como la senda de un río seco.  
No vieron lo solitario, solo vieron.

Han venido a un mar de agujas, el cerro,  
A probar su hacha en la pared de leña  
A enhebrar en sus pupilas otras tierras  
A buscar raíz para hacer llorar la tierra  
A labrar más allá de los charcos, lodo.

Bajo

Un

Sol entero de bichos transparentes.

Ellos saben lo lejos que están, a donde nadie vendrá en busca,  
Han pensado salir por el camino que los lleve a roca viva.  
Su mundo claro de hierbas no traduce la angustia.  
Y esperan venir de la centella, lluvia en cadena  
Estrellando con barro la concha de cielo bajo las ramas.  
Sus manos tocan el suelo como apenas visto bajo sus pies.  
Buscan el frescor sobre el adoquín de un techo  
Donde las aves pondrán sus barcas de hojas secas.

A ver que es en verdad un lugar lleno de silencio, vendrán,  
A morir con el primero en la piedra desangrada, vendrán,  
A cubrir con secretos, la sombra estancada de los árboles,  
Los caminos que se cuentan historias para no borrarse  
Y los ríos con un mar estrepitoso de leyenda, adentro  
Y la tierra con un sol encima de la sombra pasajera  
Y la lluvia con el desdén monocorde de los ciempiés  
Y cada casa donde la luz del polvo va borrando pasos  
Y cada umbral donde se extingue el fuego del amor no nacido.

Allá, lejos, están las voces como en las entrañas del rifle  
Cinchadas al precario cobre que brilla y huele y veja.  
Mientras tanto nadie dirá olvido sino tiempos sino veranos sino distancias.  
Mientras tanto nadie bordará una palabra más y las creerán absolutas.  
Y para decir “viejo” dirán “viejo” y para decir “joven” dirán “joven”.

Tanto como que para decir agua no dirán sed sino agua  
Como si llamaran las cosas por su nombre, por no decir más.

Y sin embargo sobre un muñeco todo el silencio esconde  
Todo el rumor: dirá “pasado” y ése será todo su futuro.

\*

En Yuracueva los días se componen de mañanas apacibles, de mediodías azules y de tardes turbulentas. A la frescura de las primeras horas le sigue el calor y a éste el viento, un viento helado.

Salir a caminar en las mañanas no es muy aconsejable. Ayer lo hice, fui hasta el final de El Tablón, su terreno plano desde lejos se mira como un amplio prado, está subido en lo alto de unos precipicios que descienden a las riberas del Patía. Iba por un camino hondo y lleno de monte, las ramas estaban llenas del sereno de la noche, tuve la intención de regresarme cuando caí en cuenta de lo mojado que estaba. Sentía los pies anegados, las mangas del pantalón mojadas y de la cintura hacia abajo tenía la ropa húmeda. No regresé al rancho y seguí; al llegar al final de la ruta, el sol me había secado la ropa sobre mi cuerpo.

Hoy he salido mucho más tarde, el sol ha puesto el rocío de la hierba en su lugar, no he querido precisar un destino, no iré muy lejos.

Sobre el barro una huella me indica que al parecer ha pasado un perro. Es la única huella, una sola, no hay más. Después sabré que no era de perro, sino de lobo.

En las caminatas diarias que he hecho no me he encontrado con ningún animal diferente al ganado que han instalado en todo el cerro. Se pasean por un lado y otro mordiendo la hierba aún verde y muy fresca en esta época. Cuando me ven apenas si detienen sus hocicos rumiantes para verme. Sólo si están echados se sobresaltan y de un solo impulso se para toda la manada. Pero fuera de ellos no he visto otro animal.

La primera vez que vine me impresionó una manada grande de caballos que corrían pradera abajo. Fue en el asiento del cerro. Yo me alcancé a asustar, y no creo que a los otros les haya pasado lo mismo; mucho menos al topógrafo, que siempre se jactaba de tener nervios de acero. Lo cierto fue que de repente un grupo escondido entre los matorrales tomó carrera, iban bramando entre las ramas secas, levantando terrones invisibles entre la nube de polvo: parecían atormentados, guiados por un instinto salvaje. Los vi pasar con asombro, como si no fueran solamente caballos, queriendo decirles a los demás “¿vieron eso?”, pero eran lo que eran, tan domésticos que a la tarde del mismo día podían estar en una plaza de mercado.

Por eso me agrada mucho que la huella sea de lobo. Seguramente me esté pasando lo que a los hombres del pueblo un día:

—Toda la gente decía: “vamos a venadiar, eso es buenísimo por allá” —dice Ronal, el hijo de Candelario— y era a matar chivos.

Los setenta chivos que su abuelo cuidaba se quedaron solos y se remontaron a su dichosa orfandad para volverse montunos. Y fue después, cuando fueron apareciendo uno a uno a los ojos de los cazadores y al alcance de la bala, que ya no eran chivos sino venados.

Este domingo en La Herradura, una alargada formación que se desprende de Yuracueva y se alarga hasta el punto donde el Juanambú se une con El Patía, me propinará una nueva derrota. Desde el rancho uno empieza a descender y a ascender por la cima. Pensaba que si llegaba hasta donde se alcanza a ver desde arriba podría ver la unión de los ríos, no ocurre eso, allí el camino se pierde, queda un chaparro impenetrable al frente, sobre un terreno cambiante y peligroso.

Al volver he pasado por el lugar donde Candelario me mostró el árbol de Campanillo. Su figura sin gracia se ramajea. A su lado hay otros árboles que se han doblado a efecto del viento. Sus electrizadas poses dan miedo y a la vez risa. Algunos parecen haber sido afectados en su tronco más fuerte, sin remedio. Son la gente que en el instante quedamos viendo para un lado o para el otro, y que mucho después caímos en cuenta de que ese instante es toda la vida.

Deseaba volver más tarde a casa, realmente quería ver el unirse de las aguas, me he sentido defraudado.

Al entrar al rancho de Fernando todo el poema “Cuarto de alquiler”, de Félix Francisco Casanova, me ha hablado, han sido ciertos, para mí, los espectros de penas y dichas, de última y de primera hora, pasadas y vividas en cada rincón, que se meten por los sentidos. Todo ha sido, todo ha dicho “que yo no vivo aquí”.

\*

Subo los cinco primeros kilómetros que de El Peñol conducen a El Tambo. Voy a mi casa, y eso me tranquiliza, pero solo a ratos. Subo sobre mi moto que escala paciente, apenas sobresaltada por su rugiente ruido de motor. Las amplias curvas van revelando

nuevos puntos de casas apiñadas sobre la misma loma grande que desde el sur del municipio vigila todo el valle. Asomo a otro paisaje, esta vez una falda arbolada de café y de grandes carboneros hace de fondo, mientras que más adelante un grupo de casas emparejan el borde de la vía asfaltada, y sobre ésta veo replegarse un grupo de niños. Es veintiocho de diciembre y diferente a lo que suponía, ellos todavía juegan “al agua”. Ya sé lo que se viene y no quiero sus bombas de colores reventando sobre mí. Todavía unos metros me separan de ellos. Voy a una baja velocidad. Embrago y meto cambio. Me imagino pasando tan acelerado que aquello no durará más que segundos. Acelero, y contrario a lo esperado, la velocidad se reduce tanto que puedo escuchar el engranaje sin aceitar, todo funcionando pero a una velocidad ridícula. Alcanzo a pensar que todo esto es irreal. Voy despacio, como en cámara lenta. Vuelvo a pensar que es irreal. Puedo ver sobre las inocentes caras de los niños toda la maldad. Ellos parecen no creerlo, parecen haber sido sorprendidos por mi lentitud; tienen tanto tiempo que después de la primera tanta de bombas van por más. Algunos me han seguido varios metros, han ensayado su puntería irremediable varias veces. Gotas de agua caen sobre el escape caliente y se estallan al contacto.

Tristes hombres

si no mueren de amores.

Tristes, tristes.

Miguel Hernández (1910 – 1942)

### TERCERA PARTE

A veces, mientras lo oigo entregado a contar sus historias, pienso que gran parte de los ochenta y siete años que tiene Benjamín, los ha pasado pensando en cómo las contaría. Es decir que mientras de niño aprendía en la escuela, o de adolescente iba a "Puerto Umbría" o a "La Cumbre", o esperaba, tendido en el lecho, curarse del hielito hechizado del río, iba también contándose, relatándose su propia experiencia.

Su casa escondida tras un surco de liberal no es la primera en la que ha vivido, pero muy seguramente será la última. Está a la orilla de un camino ancho que sigue de largo en medio de potreros y bajo sombras esporádicas de árboles. Cuando me planto en el patio, Benjamín todavía no ha notado mi presencia, y su esposa tampoco. Ella tiene ochenta y ocho, uno más que él. Se llama Magdalena, y seguramente no lo recuerda o no le importa, a causa de su demencia senil. Acaso sea por eso que Benjamín la alude con un "ella". Ahora ella duerme, desde aquí puedo ver su cara cobriza sobre un lecho que a través de la puerta se mira al fondo de la habitación. Es martes y seguramente él querrá estar en alguna parcela cultivando frijol o maíz, pero está aquí lavando tendidos. No puede irse porque a "ella" no la puede dejar sola. Un día que lo hizo volvió justo antes de que unos vestidos envueltos a su cuello, a modo de soga, terminaran por asfixiarla.

A él le cuesta subirse en moto. Tanto le cuesta que con eso mide su salud. Antes, dice, era alentado. Ahora, por el contrario, sus extremidades inferiores le dan lidia. Esa pelea le haría imposible andar la ciudad de Pasto en su totalidad, ya porque en su perversidad el tiempo enferma, y ya porque en su apremiante carrera la ciudad se ha hecho grande. Cuando Benjamín tenía doce años le daba la vuelta completa en unas horas, cruzando sus

calles empedradas y poniendo a prueba su condición de caminante de paso largo que aprendió en la escuela. En los tres años de escolaridad la vida le combinó, en una rutina equilibrada, sus horas de clases para aprender a rezar con sus horas de camino acrecentadas a causa del modelo educativo de entonces: la jornada única. Por aquel entonces Benjamín aprovechó las vacaciones de la escuela para ir a trabajar a un galpón de la ciudad, eso le bastó para no volver a ser estudiante.

Tocada por el céfiro apacible, ésta colina del mundo le ha cedido la palabra a un viejo que mira por su vieja; su narración tiene un anacronismo que, paradójicamente, hace reventar sobre lo narrado un cielo nacarado de juventud, de brillo descubridor. Por eso cuando habla de Pasto, de Mocoa y de un catálogo de pueblos que no ha vuelto a visitar, parece que aquellos fueran recién inventados. Hasta él mismo parece imposible con su sombrero blanco percutido por una capa de hollín y de polvo, con sus pantalones con remiendos enormes. Parece ajena esa voz hablando de un muchachito estancado en los doce años, que es él mismo, ahora bajo el caprichoso dibujar de sus arrugas que han cruzado sus pómulos con un lenguaje tan propio como el que sale de su boca.

Contrario a cualquier pronóstico, a cualquier fórmula que me hubiera planteado, Benjamín dice que la primera vez que estuvo en el Putumayo tuvo que regresar porque en ese tiempo hacía mucho calor.

—No es como ahora, ¡ahora pues qué!, todo el mundo va y pega fácil. En ese tiempo no. En ese tiempo sí era bravo eso.

Me sorprende. Benjamín sigue. Trato de comprender. Habla de enfermedades, de males duros, de la mancha oscura en la uña que se riega silenciosa, invasiva, de la culebrilla que

sancocha los pies, que los pudre; de las veces que se salvó en esa primera vez. Y otra vez el calor. El calor que obligaba a irse, en la noche, dos o tres veces al río, a refrescarse para soportar el sopor, por un lado, y a dejarse pegar el hielo de los espíritus que han de haber en el agua. Esta vez a Benjamín le costaba todo, no podía comer, casi ni resollar, y dormir menos. Se había hinchado todo su cuerpo. Las inyecciones y pastillas que a su patrona le recetaban los médicos no servían. Fue necesario buscar la medicina de Gregoria, ir hasta la lejanía en su búsqueda. A Gregoria le pareció que la enfermedad estaba avanzada, que casi le llegaba al corazón. Dijo que no comprendía lo que les pasaba a los patrones de Benjamín, que cómo era posible que le dejaran avanzar tanto la enfermedad. Pero también dijo que se iba a la montaña, que iba a ver qué se podía hacer. Pasaron unas cuatro horas hasta que una fragancia a hierbas, a remedios de monte, se metió en la estancia. Pero no llegaba Gregoria. Todo ese olor se había escapado de un calabacito en el que la médica había preparado su remedio. Y no fue que una mujer apareciera envuelta en un aire enardecido por su aromática condición, fue que ese aroma apareció solitario, y sólo una hora después llegó Gregoria con unas instrucciones precisas:

—Esta agüita a las seis de la tarde póngala a calentar, la caliente y saca una tazada en las de comer comida. No en las de tomar café sino en las de comer comida, saque una tazada y con la otra báñese, se baña y se toma la tazada.

Así, con esa precisión, recuerda Benjamín; y luego continúa: “Me bañé y me tomé el agua y me acosté. Eso sí, hasta las cinco de la mañana me privé, lo que no dormía nada nada. Ya a las cinco de la mañana la patrona me llamó, me dijo “¿Benjamín?”. “Señora Ana”, le dije yo. “¿Qué te sentís?, ¿cómo amaneciste?”. “Bien, no me duele nada”, le dije

yo. Porque no me dolía nada y ya podía resollar y voltiarme, todo. Amanecí livianito, sanibueno. Eso es poder curar”.

Es martes, ya lo dije, el sol de mediodía ha cedido a uno menos hirviente que hace sombras con amplitud generosa. En la alcoba está Magdalena, que duerme. No sabe que su marido usa su tiempo para contarme una historia cargada de vanidad, de brillos mágicos, fugaces e inquietantes. No sabe que no es ella la protagonista en esos relatos, que por el contrario en algunos es la antagonista. A ella no le llega la voz suave del anciano que tiene todo el tiempo del mundo para contar con paciencia, con pausas, con un ritmo adormecedor toda historia vivida. Pero Benjamín se alarga y sigue, les da voz a sus personajes, pone en sus labios las palabras de los otros como si hubieran sido esas exactamente las pronunciadas. Ahora va en la segunda vez que fue al Putumayo. Esta vez el calor y la fiebre de la selva ya no fueron inconvenientes, dice, cuando no lo mata, después ya no le hace nada. Dice que fue a Sanabria, de Puerto Asís para abajo. Esta vez su patrón, un hombre que lo quería mucho, fue también el causante de que Benjamín no se quedara allá. Pero la verdad era que él quería que se quedara, y para eso pretendía casarlo con la hija de su cuñada, una indígena, hermana de su esposa.

Benjamín en esa historia es casi como un ausente, un muchacho que acepta las determinaciones de los otros sin oponer su preferencia. Dice que fueron muy aprisa hasta Puerto Asís para hablar con la familia de la muchacha, que ellos dijeron que no se la entregaban todavía pero que aceptaban la unión.

Me he dado cuenta de que sabe hilar historias y ahí deja esa, y sigue con otra semejante.

El mismo día, después de la reunión con los padres de la mujer, fue a dar una vuelta y de una cantina salió un hombre que lo invitó a tomar un trago, él aceptó. Más tarde llegaron dos muchachas a buscar a su padre, el hombre con el que Benjamín tomaba. Esta vez su prolija narración se detiene en una escena patética para contarla con mucha seriedad:

—Yo estoy tomando con mi amigo, mi amigo nuevo y le estoy diciendo que me vaya a ayudar en la finca —dice que le dijo el hombre a las hijas, y que después ellas se fueron a sentar—. Entonces me dijo: “¿Quiere brindarles un aguardiente?, deles. Yo como estaba con la media de aguardiente les pasé una copa. A la más mayor le pasé primero. Dijo: “No. Si tomamos de a medias sí o si no, no”. Tome usted primero, le dije, y entonces dijo: “No. Tome usted primero”. Tomé un poquito y le pasé, ahí sí se lo alzó. Fui y le pasé a la otra, y la misma cosa.

Después de un momento las muchachas se fueron. Quedó Benjamín con el hombre. Fue entonces cuando sucedió lo que para Benjamín ya era natural: el hombre le ofreció una de sus hijas para que se case. Eso sí, había que ir a ayudarlo a trabajar. En realidad, dice ahora, como con nadie había hecho ningunos arreglos, le dijo que bueno pero que iba para la próxima semana porque para esa ya estaba comprometido. En ese momento llega el patrón, le dice que ya es tarde, que ya es hora de irse. Benjamín se despide del indio, vuelve a prometerle que irá la siguiente semana.

A su patrón se le antojaba llevar a Benjamín nuevamente a donde los padres de la muchacha que él le ofrecía, a sellar la unión con un trago de aguardiente. Allá volvería a escuchar la misma petición de las hijas del indio, la de “Tomar de juntos. De a medias”.

Él aceptaba todo, pero seguía taciturno. No decía nada. Estaba pensando, mientras escuchaba a los hombres acordar su futuro con la muchacha, mientras volvía río abajo a la casa de los patrones, mientras los árboles se ensombrecían, mientras conciliaba su miedo con el sueño, pensaba. Y siguió pensando hasta que al día siguiente le llegó, mientras oía a su patrón discutir con su esposa, una idea primordial, casi una iluminación: descubrió que si no se iba de inmediato, ya no lo aflojaban más, que lo que le ofrecían era toda una vida, todo el tiempo. Entonces utilizó su boca, silente en otras situaciones, para convencer con un argumento falso a su patrón de que lo llevara a Puerto Asís, esa misma noche. A las seis de la mañana llegaron. Se despidieron. Benjamín prometió volver el sábado y Segundo, así llamaba su patrón, dijo que lo estaría esperando con su canoa para llevarlo a casa.

—Venía en la salida del pueblo —dice mirando por encima de todo— cuando gritos uno de atrás: “Oooiga, amigo, oooiga, amigo”. Y yo corra carajo; me hacía como que no oía. Voltié medio medio para ver y vi que era el indio que me ofrecía las muchachas. Y yo corra. Me siguió como tres cuabras y se quedó. Eso fue santo remedio, ya no volví para allá.

—De tal manera que si la primera vez que fue para allá lo sacó el calor, la segunda, ¿qué se puede decir que lo sacó?

—Las muchachas. Sí.

El patio de la casa de Magdalena y Benjamín está cubierto por un prado fino. En el centro un montón de leña con la que cocinan cuando se acaba el gas, y unos centímetros más allá una banca pequeña se pasma al sol y al agua. La hizo especialmente para que

Magdalena se asoleara y no pudiera llevarla a ningún lado porque sus bases de guayacán se entierran en el suelo. Ella tomaba las cosas y las llevaba lejos, les buscaba otro lugar.

La primera vez que los visité me impresionó el momento en que apareció Magdalena. Gateaba por un lado y otro, arrastrando sus vestidos, sin mirar a nadie.

Benjamín dice que ahora está aliviada pero yo creo que no está nada bien. Es incapaz de reconocer a nadie. Solo habla con su muñeca, una que le regaló su nieta. Tiene que tomar entre cuatro y seis pastillas diarias. A Benjamín le enfada eso, la incapacidad de los médicos que a pesar de tanta droga no han podido curarla.

Si hubiera venido unos años antes habría sido posible conversar con ella y con él, juntos. Prefiero pensar eso a que, si efectivamente mi visita hubiese sido tiempos atrás, sólo me recibiera una anciana sola que me dice que vuelva más tarde o que pase el domingo si quiero encontrarlo a él. De todas maneras le habría dicho, usted también salió de Yuracueva, ¿quisiera hablarme de eso? Ella con igual, con menos o con más disposición podrá hacer lista de nombres, de fechas. Relacionar todo con todo. Volver sobre su vida con Benjamín, sobre las fechas importantes, para ofrecerme un dato. Quizás su silencio de ahora sea un réquiem a tanta palabra dicha en el pasado. Pero no lo sé, simplemente lo supongo mientras llega la hora de irme.

Quizás ella hubiera tenido tanto que ver, como lo tuvo Eliza, para que no compraran la propiedad en la que estaban instalados, allá en Yuracueva, un terreno faldudo que a Benjamín le habían hipotecado por cuatro años, y que al cumplirse lo vendían pero que por no tener el dinero completo, doña Eliza, no se lo vendió a él. La lista de Benjamín es una lista de malos negocios. Quizás la lista de Magdalena hubiera sido una llena de

apreciaciones oportunas y realistas frente a la débil proyección de su marido. Quizás ella no hubiera arreglado nunca, por cuatro mil pesos, una casa de bahareque con tres piezas y un techo de eternit en la parte alta de Yuracueva, que finalmente no la compraron porque antes de pagarla, el viento, un viento atroz que derribó espinos enormes, le quitó su lado más amable y atrayente: el techo.

Pero quizás a ella también le pasaba lo que a él, que miraba y se enamoraba, que sin pensar mucho cogía desfiladero arriba, vía a El Rosario a buscar al dueño de un pequeño lote en Yuracueva, por un camino apenas ampliado por una máquina y su maquinista Célimo. Sin miedo de nada, mucho menos de un mal negocio, con los nervios aplacados por una buena traguada, agarrándose al compañero para no rodarse por uno de los tantos desbarrancaderos a causa de la borrachera. Y agarrándose más al pensamiento, al recuerdo de la chagra linda de maíz que sigue en la memoria.

La próxima vez que los visite ella me producirá la sensación de estar aún más distante, más aferrada a una cobija amoldada a su brazo como si fuese una criatura que a todo en el mundo, mientras que su muñeca está tirada por el suelo con la cabeza a punto de arrancársele.

Pero si ella me va a resultar ajena, él será auténtico desde la primera palabra. Y yo lo dejaré en su casa que, ese día, descubriré no es suya. No es propia como sí lo son los terrenos de La Ancelma, La Quebrada, Sainajuana, El Tablón (en Yuracueva) y dos en San Pablo donde dejó su casa, todos abandonados. Yo evitaré ponerle en frente tal paradoja de la vida, porque sé que vive aquí para estar más cerca de sus hijas y porque Benjamín, con una historia sobre cada terreno, está por encima de todo abandono. Yo lo dejaré en su casa

y él me dejará ir, pero antes de eso me repetirá una de sus experiencias; ya me lo habrá contado antes, solamente que esa vez, la próxima y última que lo visite, lo hará con una diferencia: la primera me dijo que un treinta y uno de diciembre bajó caminando desde El Tambo con un puerquero que iba hasta Cumbitara a comprar puercos. Me dijo que en cada aguardientería iban tomándose algún trago. Que finalmente Benjamín, de lo bien que la pasaba, ni siquiera se desvió donde debía coger el camino para llegar a casa sino que siguió hasta una cantina en El Peñol, con el puerquero. Allá, después de algunas horas y de unos tragos más, se pelearon. La segunda vez, la próxima, me contará cada cosa, igual que antes, sin embargo, sabré que no se pelearon porque sí, lo hicieron porque en la cantina la muchacha que atendía se había enamorado de él y el otro, el puerquero, se puso celoso.

\*

Cuando fui a Yuracueva con candelario, compramos dos porciones de chorizo en un restaurante ubicado en el punto donde la vía se bifurca, una sigue, según un aviso antiguo y perdido en el monte, a Sotomayor a la izquierda, y a Policarpa a la derecha. Muy pocos van por aquí a Policarpa porque existe una ruta mucho mejor por la vía Panamericana. He pasado muchas veces por ahí sin detenerme, casi siempre está vacío. Hoy he decidido entrar para recordar el sabor de los chorizos. Me sorprendió encontrar a Aura aquí, no es la dueña del negocio, dice que vino mientras su amiga hace una diligencia en el pueblo.

Todas las veces que hablé con Aura quedé con la sensación de que lo que le hacía recordar no eran más que malos recuerdos. Ella hablaba a veces con indiferencia sobre el agua, sobre sus vecinos, sobre su familia y sobre su casa, aunque de repente volvía sobre la situación y con vehemencia afirmaba su posición con alguna explicación clara e inteligente.

Entiende que lo que yo quiero hacer es “una tarea”, como si fuera un niño de escuela, como si no fuera más que evidente que tantos años no son más que inútiles, y que son lo mismo para hacer las mismas cosas.

Fue ella la primera que apenas nombrada Yuracueva, dijo: “pésimo”.

Eso me inquietó porque hay en todo lo que he emprendido una ingenuidad malparida que me ha hecho avanzar con la insana e involuntaria propensión a escuchar, a buscar respuestas unánimes.

Ella siempre me dijo que no tuvo niñez porque su mamá murió cuando ella tenía seis años, porque no fue a la escuela más que a primero, porque su papá era irresponsable, tomatrigo y bravo, porque con su hermana se sentían solas en un rancho de paja y bahareque, porque después de sentirse solas también tenían que sentirse hacinadas en un solo cuarto que era habitación, cocina, sala, comedor, porque no había vecindario cercano, porque tenían que prepararle guarapo a su papá y para eso debían empezar por moler la caña en un trapiche de cacho, uno de esos artefactos que ya nadie usa, pero que para Aura, en su niñez, significaba lo que hoy, una licuadora; un trapiche de cacho era capaz de exprimir la caña, gracias más a la fuerza bruta que a las disposiciones mecánicas con la que estaba armado, y que unía a un tronco de base y un listón que, sobre el primero, se podía apalancar entre dos personas, algo parecido a un subibaja. Aura dice que así como chistoso era indomable.

Viene con las porciones que le he pedido. Esperaba un sabor diferente, creía recordar uno realmente diferente. Aura vuelve a la cocina, allí está su marido Alirio, Andrés,

Alfonso y Berta, amigos todos que aprovechan la tarde de éste primero de mayo para charlar un rato.

Alirio es bonachón. Siempre que su mujer está contando algo se muestra presto a opinar, a reforzar o a sugerir sobre lo dicho, pero si uno lo alude directamente quiere zafarse, y empieza a evadirse con monosílabos, muchas veces noté como que miraba a su mujer con la actitud suplicante de un niño que siente miedo y quiere a su mamá para que lo cuelgue en brazos.

Él es nativo de la vereda en la que viven, La Toma, tiene ojos claros y usa un sombrero de ala ancha que le hace ver mucho más grande de lo que es. Por el contrario, Aura es pequeña, tiene puesto un algo de mujer seria que cada vez que se ríe se le quita.

A Alirio le están construyendo una vivienda en una urbanización cerca al pueblo. Son apartamentos que para el momento ya están siendo finalizados, pero que se han esperado, según Aura, ocho años. Beneficiarán a las personas afectadas por la ola invernal de ese tiempo.

En el pueblo bromean diciendo que el cementerio que se está construyendo al frente está quedando mucho más bonito. Dicen que la gente va a morirse para que la lleven allá. En Colombia, donde se aprovecha desde el desayuno de los niños en la escuela, hasta el medicamento de los moribundos en los hospitales para joder al otro, ha sido necesario, con amargura, igualar a los problemas la necesidad de reírse de ellos. Por eso, que la gente vea en el césped atravesado por caminitos asfaltados, con pequeñas rotondas, con banquitas marmoladas y relucientes, con fuentecitas sin agua, y con muchas muchas bóvedas vacías,

un lugar mejor para vivir, es la demostración de que aquí elevar edificios y cavar fosas pueden llegar ser las mitades de una misma comedia.

Cuando Aura se refiere a la casa que construyen para su esposo, es mucho más seria que siempre. Está muy enojada porque no entiende cómo es posible que no entiendan que si ella es una mujer del campo, que si su esposo es del campo, y su familia es del campo, pues sencillamente no tiene nada que ir a hacer al pueblo, o a la ciudad, porque donde ella tiene que estar es en el campo.

—Porque vienen y hacen lo que quieren. Si salía la casa ¿por qué no la hacían donde nosotros? Ahora, como les dije yo: ¿nosotros qué vamos ir a hacer a El Peñol? Uno vive de los marranos, de las gallinas, de la agricultura. Póngase usted a pensar. Eso es desplazarlo a la brava, porque dijeron que si no aceptaban esas casas ahí, se las llevaban a no sé dónde.

Aura vivió con su padre y su hermana en un rancho pequeñísimo, en Yuracueva, en un punto que llamaban Plan Verde, pero que de verde no tenía nada. Ahora vive en una vivienda humilde, de material, que ella dice se encuentra en mal estado. Probablemente en algunos meses viva en una urbanización que no está exactamente en el pueblo, alrededor de un kilómetro existe de distancia entre los dos. Tendrá nuevos vecinos, al frente estará el nuevo estadio municipal de fútbol que se va a construir, con tribunas y una pista atlética. Y seguramente seguirá muy seria.

Ya Aura con su esposo se van porque su amiga llegó a hacerse cargo. Yo ya estoy por dar los últimos bocados.

Quiero ir a la casa de María, es a un kilómetro siguiendo por la vía antigua a Policarpa, cerca de la escuela de La Toma. Ella vivió en Yuracueva probablemente un año, cuando

tenía doce. A pesar de que dice que allá era bonito, ella se fue porque le aburría. Y por esa misma razón es que vive aquí y no en Cali donde están sus hijas y su hermano Manuel. Es que ella no quiere dejar su casita porque la hizo con el dinero que el gobierno le reconoció por su hijo. A él lo mataron en el dos mil uno. Desde esa fecha María ya no se moja bajo su techo propio, del cual no saldrá hasta que muera.

Días anteriores a éste la he visitado y no la he encontrado. Sus nietos me han dicho que la visite después, que en una semana, que a la tarde del mismo día, que al día siguiente. De esa forma pasó mucho tiempo en que no la vi, hasta hoy.

Volver a verla me dio la impresión de que estaba mucho más anciana. Cuando la saludé salía de la cocina por una puerta lateral, iba a arreglar el corral de sus gallinas, tiene una *culeca* y quiere separar sus once pollitos de su mamá gallina, la última anda de un lado a otro del patio, muy molesta, mientras tanto sus hijos pollos están en una caja de cartón. María con su machete piensa reparar tan bien el corral que esos polluelos pequeñísimos no se salgan a andar tras su mamá, que en su libertad los puede llevar lejos, a un lugar peligroso.

Dedicarse a cosas como esa le permite no aburrirse, lo que sí le pasaría en Cali con sus hijas. He notado que se aburre mucho más que la otra vez. Lo veo mientras conversamos, parece más cansada, sentada en el andén y conversando conmigo, me hace pensar que no siempre encontrar a alguien que nos escuche puede resultar grato. Creo que lo leí en alguna parte, y lo di por verdad: no hay nada que queramos más sino que nos escuchen. Ella por el contrario parece querer deshacerse del asunto lo más pronto, una respuesta corta y a su vez, seguramente, contundente. Prefiere hablar de sus hijos y sus nietos que de sus antepasados.

Le digo que me cuente sobre su sobrino Herney, el futbolista, y me dice muy poco comparado con lo que me dice de su nieto Yeison. Le digo que me hable sobre su hermano y me habla sobre su hija que canta. Probablemente debo escuchar eso. Considerar que sin decírmelo ella me hace pensar que las fechas, dígame los datos por los que el cronista se afana, son su herida... Una vieja herida que sangra y no se cura, a la cual se le quiere cerrar a punta de preguntas, de investigar, de volver sobre lo mismo “¿Cuándo?”:

—Doña María, entonces ¿la muerte de Julio fue en el sesenta?

—Sí, por ahí así.

—O ¿en el setenta?

—Sí, por ahí así.

\*

Jorge sostiene en sus manos una fotografía antigua del pueblo. En ella, una iglesia de estilo colonial, de una sola torre, preside una plaza desierta, cuyo terreno sin asfaltar, era a la vez estadio de fútbol y galería. Allí la pampa estrechaba en la mañana de los domingos el mercado y al atardecer disputados encuentros deportivos que unos insisten en aprobar como gloriosos. Sobre un prado inexistente el sol vio deshacerse los pasos sobre el lodazal de octubre o sobre el polvo de agosto, en aquella cuadra agórica de pueblo, donde las mañanas dominicales se despedían con hogueras que consumían toda la basura del ajetreo, dejando montones de ceniza que iban a ser, después, minutos más tarde, levantados en remolinos de cuerpos agitados tras un balón.

Dejamos de lado la imagen y miramos ese mismo lugar, a veces, el ágora de éste vivero: un parque umbrío por sus árboles jóvenes; en el centro un pedestal sin estatua; arriba una tarima para eventos; y a un lado de ésta, la iglesia. Una nueva iglesia que desde que se derrumbó la otra, hace más de diez años, han empezado a construir. Su austero estilo moderno ha sido rematado con una torre inacabada. En el diseño inicial se pretendía hacerle un espiral que en los afiches era de un color dorado, reluciente, que sin embargo, dicen algunos, ese diseño no le gustó a nadie y que piensan hacer una distinta. Mientras tanto, la iglesia está sin torre, igual al parque, que no tiene su Simón Bolívar en el pedestal.

Jorge no opina sobre éstos temas, él sólo habla de su trabajo en la construcción, de lo contento que se siente porque hay y habrá más trabajo en ese sector. Dice, a pesar de la vocación y de las buenas condiciones de los suelos del municipio para la agricultura, que él ya dejó eso porque hace dos años sembró maíz y se pudrió casi todo. Entonces, comienza a enumerar a todos los que le han ofrecido trabajo, y además las obras que en el municipio el gobierno está ejecutando y va a ejecutar. Aunque aclara, él prefiere trabajar con los privados y no con obras de carácter público.

Hay días que vengo para ir a ver a alguien o para preguntar algo en el colegio o la biblioteca, y no se puede, o antes de hacerlo busco conversar con cualquiera y en eso se me va la tarde o la mañana, y no lo hago. Luego me siento fatal. Hoy estuvo bien porque hablé con Jorge, sólo después de que acompañé a Candelario hasta su casa (estaba medio ebrio) y fuimos juntos por una cerveza más y él me dio una lección, sin querer, de las múltiples formas para conducir al otro desde lo general a lo particular.

—Cuando llegó el negro que había en Nariño... ¿cuál era?... ¡Antonio Nariño! —dijo Candelario, que me contó esta historia para dejarme claro que su estado de ebriedad no le resta lucidez—. Antonio Nariño llegó al senado y disque dijo: “hablo yo”, así disque empezó a decir cuando se paró otro y le dijo: “Vos qué, negro tan feo, vas a estar haciendo aquí”, entonces que Nariño le dijo: “No, tranquilo señor, mi cara será negra pero mi inteligencia es clara”.

Al terminar la historia se ríe plácidamente mientras vuelve a repetir el nombre del protagonista, dejando un eco repentino en el aire, que nadie más escucha. Seguimos hablando de Nariño, y Candelario remata cada elogio diciendo: “Un general, un general”, y yo ya sé cuál es la historia que sigue:

—Él sabía, era mucha la inteligencia que el señor tenía... porque es hijo de un general... Por eso le digo, mijo, había un general, se llamaba Benjamín, y llevaba mi apellido. Él no era de aquí, era español. Vino de España a ser general en Colombia, y estuvo en el país mucho tiempo. Y usted sabe que a un general... ¿quién de las mujeres no quiere un general? Dejó mucha familia, mucha familia. Por ese sistema viene que mi familia sea muy larga. Yo soy hijo de Carlos Eduardo, que es mi papá, y el papá de mi papá fue Pedro y el papá de él llamó Benjamín, el general que vino de España.

No me despedí de Candelario diciéndole que ya había terminado la investigación, que muchas gracias, sino que lo hice de la misma forma que le diré adiós a Jorge, diciéndole más, es seguro que ya nos vemos porque somos del mismo pueblo, que otra cosa diferente. Cuando me fui varios de los tantos amigos que Candelario dice tener lo acompañaban.

Yo pensaba en la vez que, casualmente, nos encontramos en El Tambo porque él había salido a visitar a su hija que se encontraba hospitalizada, debido a que sufrió un ataque de amnesia. Cuando lo encontré esperaba que alguien lo llevara a su casa, era difícil que eso suceda porque ya era noche y había escasez de combustible, pero lo peor y lo que él recalca era que no estaba en El Peñol o en una de sus veredas, que si estuviera allá cualquiera que abriera la puerta de su casa y lo viera pasar lo reconocería para invitarlo a adentro. Cabe aclarar que me encontraba en su misma situación. Bueno, lo que quería decir es que ese día, después de buscar inútilmente alguien que nos lleve, y de hacer una buena parte del camino andando, cuando llegué a casa escribí lo siguiente:

—Mientras tanto, en cada casa, en cada esquina, en cada carro que pasa, una discoteca se sucede en cada hombre. Pero Candelario está cansado o tiene frío, o algo le pasa porque está callado, un silencio sucede en cada hombre. Está cansado aquí como lo estuvo en Yuracueva cuando fue a la costa atlántica a cosechar algodón para pagar catorce mil pesos que le debía al banco. Y cansado como no lo estuvo cuando fue a El Rosario buscando unas mulas extraviadas y al encontrarlas tuvo que dejarlas porque estaban en manos de gente peligrosa.

Hablaba de mi compañero que lucía incómodo lejos de su casa, con frío. Hay ahí un sujeto tácito que dice todo con absoluta cercanía, es el mismo que lo observó todo ese tiempo, y que con indolencia hasta se atrevió a registrar la conversación en su aparatito oportunista y que no hacía más que aquietar la situación porque pensaba en cómo iba a narrar aquello.

Antes de salir de casa, hoy, lo he releído y me he preguntado si importa o no. Ahora que tengo a Jorge al lado pienso si para él podrá tener alguna importancia todo esto. Y vuelvo a tener el miedo que de niño le tenía a las posibilidades. Hay cosas terribles a lado y lado de lo que vivimos; hubo noches en que el sueño y la tranquilidad me eran imposibles porque imaginaba la otra posibilidad pareja a la real que había vivido, y la imaginaba suceder, y me atormentaba profundamente porque es mucho más verdadera.

## CAPÍTULO 5: REFLEXIÓN

### ESCRIBIR HISTORIAS, CONTAR LA CLASE

—...De todas las cosa que han sucedido y de las cosas tal como existen y de todas las cosas que uno conoce y de las que uno no puede conocer, uno hace algo por medio de su invención, algo que no es una representación sino toda una cosa nueva más verdadera que cualquier cosa verdadera y viva...

Hemingway, E. 1959, *El oficio del escritor*.

Con la intención de sumarnos a la apuesta por una verdadera, apasionada y fructífera labor educativa es que se ha realizado *Los bordes del vestigio*, escribir “*El verano que hizo aparecer venados*”. Y no es posible, así queriendo, decir más que “con la intención”, una modesta y débil inclinación que no obedece a ningún tipo de certeza, y a aún menos, a ningún tipo de convencimiento, sólo la intuición de que algo está pasando y esa vuelta de tuerca, que a veces prometieron era la educación, parece mucho más difícil de identificar como tal.

Es entonces, dentro de esos horizontes, que se enmarcaron en los años de academia y que terminan, al parecer, en éste caso, bajo la sombra, más que la luz, de estas páginas, que están muchas ideas con las cuales se ha tratado de abanderar a unos y otros para salir a hacer del ejercicio de la docencia una nueva propuesta de sensibilización que gane terreno

para los libros y la literatura y haga de la enseñanza de la lengua castellana un ejercicio a la altura de una educación que no automatice sino que vivifique el libre criterio de los educandos.

No obstante, la oquedad en la que muchas veces, parece, se planta un proyecto de creación literaria, dentro del contexto académico nuestro, es el que obliga a plantearse posibilidades para que tanto esfuerzo se ligue a algo. Y que ese algo sea más que reflexión forzada; sea un factor intrínseco del escribir, crear e investigar.

Siendo así, esa bandera del licenciado a la cual podemos mirar con asombro por lo inconmensurable debe ser, a pesar de todo, un aliño que traduzca el sinsabor de una mala jornada, de una estrategia didáctica inoperante, de uno o de otro de los múltiples factores a los que está expuesta la diaria jornada en un colegio, en la sensación de ser partícipe de una búsqueda completa de esperanza. Ser participante, no porque sea posible decir y desdecir cómo, cuándo y porqué el docente debe hacer tal o cual cosa, sino porque hay una obligatoria razón de ser por la cual se moviliza hacia intentar el ejercicio investigativo.

Tal razón de ser, no debe identificarse como la inscripción acérrima a una u otra postura. Probablemente, esa estrecha ruta, no señalizada, de iniciativas propias es la que no se ha alcanzado y por la que se hace más difícil transitar; en últimas porque obliga a la constante reflexión.

En este caso específico de *Los bordes del vestigio...* se ha buscado a lo largo del trasegar con que se culminan sus páginas, salvar la creación literaria “*El verano que hizo aparecer venados*” de un aislamiento del aspecto pedagógico, esto mediante la explicitación de la investigación como medida urgente para sacar a la formación universitaria del

reduccionismo al aprendizaje de unas instrucciones para el desempeño de un oficio, que banaliza y malogra su esencia.

En este aspecto, parece adecuado traer a colación lo que hace algunos meses se escribió para un trabajo de fin de semestre; probablemente haya sido un lapsus de la inconsistencia propia, no obstante, lo que se planteaba era que, en cierta medida, la didáctica, que con profusión buscamos emparentar con la imagen, era un obstáculo más para la literatura que una verdadera realización que haga verdad la lectura en los estudiantes, se decía que más que acercar a los estudiantes al libro, parecía, los alejaba.

También, en el texto, se dudaba del valor de salir a intentar promover la lectura, cuestionándose sobre ello porque no creer posible (sobre todo ahora) poder comunicar lo que es leer una obra literaria, es decir, no poder considerar que algo que sólo es posible sentir gracias a la experiencia propia, pueda transmitirse, por lo menos no, mediante una clase, y menos si esa clase encierra veinte o treinta personas. Por eso se pensaba si resulta coherente proponerse insistir en esa empresa, con la idea de que si no todos, por lo menos, uno o dos sí cazo.

Contrario al ejercicio educador, cuyo ramillete de obligaciones es asolador y sobrecargado de injerencias burocráticas desgastantes, lo que si puede lograr hacer algo por la literatura es el mismo cultivo, la misma investigación y la misma creación de ella, lo cual obliga al cultivo del hecho estético sin un fin didáctico.

Siendo así, es posible que la desmotivación que surgía en esas líneas no sea sino la causa de la apresentation en la sociedad de una nueva y mejor forma de sentir y de vivir las creaciones artísticas, donde la poesía como se la ha entendido siempre, no es centro. De ese

modo, acercarse a la instrucción en otro tipo de valores, en pro de la creatividad de niños y niñas, que permita aprovechar los gustos que tiene, generalmente, el estudiantado por lo visual debe considerarse con cierta seriedad, pero de cuya discusión se debe alejar a la literatura, ya que una formación docente en lengua, donde las letras son un apéndice de la didáctica, no hace más que llevar al reduccionismo el cultivo de la escritura y la lectura de una obra.

No se puede decir que es enteramente en consecuencia que en este trabajo se hace real el intento de la creación. Lo que sí es enteramente cierto es lo necesario de verdaderos intereses, donde el escamoteo y el sincretismo utilitario no sean lo primero, es decir, donde el objetivo sea, sin rodeos, escribir.

En relación a ello y bajo la premisa de la narración, se inició esto que aquí concluye. Desde la primera vez que se mencionó la tarea de proponer una idea con la cual se iba a desarrollar todo un cúmulo de acciones orientadas por un marco de investigación, solo nos fue posible imaginarla como un espacio para contar, costó deshacerme de esa construcción mental (aunque, en menor medida, un trabajo de grado es eso, solo que siguiendo unos esquemas ya establecidos); ahora bien, optar por escribir crónica literaria obedece a esa ilusión de narrar, y a hacerlo de manera libre, atendiendo a lo que exige el género y mirando el otro radar, no menos importante, que permite hallar conexiones vitales entre los sujetos y sus nichos donde se forman sus narrativas.

Es de común acuerdo que el narrar, cuyo afloramiento es vehículo y esencia, se ha transformado para darle paso a un rebatido escenario de discusiones sobre las nuevas versiones de la antigua hoguera a donde han emigrado imaginarios enteros. Tal

transformación ha puesto sal sobre la herida que empezó a abrirse gracias a la perfección perversa de los medios de comunicación, y que está dando muerte precisamente a ese espacio paradigmático para la narración: la charla; más aún, si lo pensamos de la manera grandilocuente como lo sugieren los relatos de los abuelos, donde una jornada se remata alrededor del recuento de ese día; pues esa imagen, nos resulta un gran anacronismo, un viejísimo pasado que privilegiaba valores heterogéneos, y armaba al hombre de autonomía, certeza y magia.

Sin embargo, enterado de esa situación, el cronista se resistir a dejar morir “el contar historias”, (de igual manera debería actuar el docente frente a esa actividad en crisis); en *El Narrador* (1936) Benjamin, W. pensaba:

El arte de la narración está tocando su fin. Es cada vez más raro encontrar a alguien capaz de narrar algo con probidad. Con creciente frecuencia se asiste al embarazo extendiéndose por la tertulia cuando se deja oír el deseo de escuchar una historia. Diríase que una facultad que nos pareciera inalienable, la más segura entre las seguras, nos está siendo retirada: la facultad de intercambiar experiencia.

Ese estado crítico, del que nos advierte el autor alemán, es consecuencia de múltiples factores, entre ellos, el desarrollo de la prensa cimentado en la noticia; es por eso que una crónica es un retorno a la narración, una iniciativa nada simple en nuestros tiempos, donde se ha optado por un nuevo modelo de comunicación, “la información”:

Cada mañana nos instruye sobre las novedades del orbe. A pesar de ello somos pobres en historias memorables. Esto se debe a que ya no nos alcanza acontecimiento

alguno que no esté cargado de explicaciones. Con otras palabras: casi nada de lo que acontece beneficia a la narración, y casi todo a la información. (Benjamin, 1936: VI)

En estos términos que plantea Benjamin, habría que preguntarse ¿Qué beneficia el docente en el aula: la narración o la información?

Cuando los albores de la modernidad vieron nacer, en el frenético desarrollo de la prensa, una bestia capaz de llevarse en sus fauces lo que siempre ha sido un amuleto irrestricto del ritual de ser hombre, vieron trillarse con el filo de las masas lo que hasta el momento era una virtud que cada quien entendía haciendo equiparable a la más loable intimidad; fue aquella magnificencia de creer enterarse, mancillada por la prensa con una impersonal encriptación de lo importante, lo que dejó de atar a dos personas para hacerse sujetos, y contrario a lo anterior empezó a plagar de ausencias lo que siempre tuvo la potestad de crear presencias; ni qué decir de la actualidad, donde ese imperio asombroso de acontecimientos que encierra a los días y a las noches, nos deshace en una antesala de la realidad que amotina la mayor cantidad de gregarios.

En contraste, la probidad con que en el pasado se rodeaba la comunicación oral se ve en el presente confrontada a numerosas y complejas invenciones que resolvieron problemas geográficos y temporales en pro, sobre todo, de la información. Lo ampuloso antes, es lo más pobre ahora. El ambiente escolar, para ir a lo nuestro, pone en evidencia el estado general de abyección de la comunicación a los diferentes medios que hoy la posibilitan. Por un lado un maestro cuya limitada destreza narrativa lo lleva a empoderarse de las herramientas que están más que a la orden, deja para un segundo plano recursividades propias que, como la memoria, se han visto demeritadas. El panorama se completa con un interlocutor para el cual, muy probablemente, oír no es suficiente, quiere ver y hacer, lo

cual está bien, no hay problema con la resistencia a una práctica monótona, lo malo es si esa resistencia es el síntoma de un futuro proceder, donde escuchar al otro significará un desafío con cada minuto, y toque como en la tele y en la radio, actuar bajo la premura del tiempo, obligado a abreviar, a sintetizar, a ir rápido de un tema a otro, no porque ya es suficiente lo dicho sino porque el auditorio quiere otra cosa.

Atendiendo estas situaciones, *Los bordes del vestigio...* se constituye, no únicamente para inventarse un espacio para la memoria en esa fugacidad unánime de hoy, también para destacar que si los cronistas han podido revelarnos en profundidad nuestra sociedad, lo han hecho porque el impulso de hoy por lo escueto, no les impidió ver la grandeza de una historia bien contada.

Por nuestra parte, los que estamos interesados en la enseñanza, debemos hacer la reflexión que hacía el cronista peruano Julio Villanueva Chang (2013), pero de manera inversa a lo que él decía. Lo que el escritor decía era que le interesaba la crónica no porque le gustara contar historias; él prefería pensarla como una forma de crear conocimiento; aunque el estado de la educación poco da para “crear conocimiento”, un maestro, es a lo que vamos, debería pensar en los contenidos curriculares, como una oportunidad para contar historias. En cierto modo, las aulas de clase, además de que han favorecido esa posición tradicionalista que propende por la verticalidad de las relaciones profesor-alumno, también ha pretendido aminorar las relaciones dialógicas. Se ha optado por lo concreto, la educación también ha entrado en ese juego de las sociedades postindustriales, también se ha dejado aminorar por lo efectista del mercado, “más, por menos”, y también privilegia la información como la forma más eficaz de conocer. Probablemente hoy, más que nunca, optar por la narración sea un gran desafío, un reto enorme que implica y complica al

docente, más a sabiendas de la cantidad de recursos de los que se dispone, no obstante, contar historias puede lograr conmover y humanizar, lo que por otros medios puede ser complicado. En este punto es adecuado poner como ejemplo lo que Zuleta, E. (2006) recordaba de su vida de estudiante:

De los pocos profesores de los cuales a uno le queda un buen recuerdo son precisamente aquellos a los que se les nota que amaban y sentían lo que estaban enseñando, independiente de la materia que fuera. Yo personalmente tengo este tipo de recuerdos. Un día, por fortuna, se enfermó el maestro de historia. Trajeron entonces a alguien que quería enseñar. El nuevo maestro nos describió los viajes de Colón de manera inolvidable. Se le olvidaban las fechas, a veces no recordaba siquiera que Colón había nacido en Génova; pero en cambio, el amor que sentía por aquel acontecimiento, la manera como nos lo presentaba, como nos hacía vivir la angustia de esos meses sin saber si había retorno a no, o punto de llegada, no se me ha olvidado nunca. (p 42)

Ciertamente, si la crónica ha hecho literatura es porque su ambición ha iluminado márgenes, que los entes canónicos de la prosa quisieron dar por estériles; si los cronistas han creado, y con esta idea se quiere finalizar, lo han hecho haciendo de la narrativa un encuentro verdadero con el territorio, eso que se denomina contexto y que es tan difícil de comprender. Concepto que la tijera de la historia ha recortado a su antojo, premiando la injusticia pues no se puede juzgar bajo la línea secuencial del tiempo un todo que no enmarca, ni empaña pequeños territorios, por tanto, se hace necesario que se recalque el alcance epistemológico y la elaboración de una práctica docente atenta al horizonte investigativo que encierra el acto educativo literario, pero partiendo de la realidad

específica e ineluctable del entorno cultural. Los problemas medulares de la enseñanza de la literatura, enfrentan, entre otras, la desorientación frente al hecho fenomenológico, que determinada acción literaria ha de llegar a producir en la vida de una persona o de su grupo social.

## CONCLUSIONES

La composición de crónicas literarias, partiendo de lo que sea, busca aprovechar un tema, una noticia, o un vestigio en particular, para contar, es un retorno necesario que se planta sobre la inmediatez como un discurso resistente en el tiempo, en principio por su calidad.

De la marginalización que ronda sobre la crónica, hay algo que ha sobrevivido y que le permite ver sobre sujetos anónimos, sobre paisajes y sobre devenires, excluidos por el itinerario de los medios, toda la claridad que la indagación, la reflexión y la buena narración podrían irradiar.

El uso de la primera persona en los textos cronísticos es irreverente con respecto al lenguaje por el que la prensa ha optado, que se tilda de objetivo, sugiriéndose neutral y verdadero. Lo que hace el cronista es alumbrar, desde su ineludible “yo”, principalmente, lo ajeno, el otro, la calle, el mundo.

Si hay algo que hace especial una investigación como la actual es, precisamente, la comunión directa con los sujetos, algo que el mismo género en cuestión, la crónica, ha ido transfigurando, de experimento en experimento, para permitir que el sujeto divague, que vaya para el lugar que quiera, y que en ese ir y venir se revele, es decir, que el sujeto sea.

Ese modo en el que el cronista busca entender las cosas, le obliga a asumir su creación como una derrota, porque no sucede con frecuencia que lo que espera escuchar o ver, sea lo que tiene que escuchar y ver, de ese modo, escribir va a ser una función sin libretos.

Hablar de una incidencia de los lugares (sobre todo de dejarlos), en la forma de contar, en la narrativa, quizás en la forma de pensar de los sujetos, no es algo a lo cual “*El verano que hizo aparecer venados*”, como se pensó al principio, pueda responder, no obstante, hay esporádicos elementos que permanecen brillando desde esa perspectiva.

Pensar que es importante para el mundo que los literatos se apropien del desarraigo en su dimensión ecológica por ejemplo, es inocente, pero plantear que el tema, dentro de la literatura colombiana, es necesario para entenderla y entendernos como sociedad, es serio.

## RECOMENDACIONES

Sabiendo que se considera la crónica como fundamental en las letras actuales, se le debe dar mucha más importancia en el campo de la educación, donde muy pocas veces se atiende a su valor y complejidad, y solo se apela a ella para colgarla en una guía de definiciones y comparaciones, que no le permiten al estudiante reconocerla.

Si bien muchos de los aspectos que se dan, o que se deberían dar, en la academia, corresponden a la función de los estudiantes, es necesario que ella devenga en la creación de un entorno que permita reestructurar indefinidamente las formas en que los sujetos pueden aportar al conocimiento.

La investigación literaria no crea una herramienta didáctica como tal, pero su elaboración de suma complejidad implica una comprensión amplia y profunda de la lectura, la escritura y la investigación; por tanto, debe favorecerse y fomentarse ampliamente.

La creación de crónicas literarias tiene una gran importancia para nuestros tiempos, en los que la tremenda cantidad de información sobre cualquier cosa del mundo, nos ha conducido a obviar las posibilidades de narración que cada región esconde, y que solo requiere de un cronista para que las cuente.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arturo, A. (1986). *Morada al sur*. Bogotá: Procultura S. A.
- Axpe, M. (2003). *La investigación etnográfica en el campo de la educación: Una aproximación meta-analítica* (Doctoral dissertation, Universidad de La Laguna).
- Benjamin, W. (1936). *El Narrador*. Madrid, 1991. Editorial Taurus.
- Bernabé, M. (2006). Prólogo de *Idea crónica: literatura de no ficción iberoamericana*. Buenos Aires: Fundación Typa.
- Bonilla-Castro, E., & Sehk, P. (2005). *Más allá del dilema de los métodos: la investigación en ciencias sociales*. Editorial Norma.
- Caparrós, M. (2016). *Lacrónica*. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Planeta.
- Cerón, A. (2001). *Monólogos del Emigrante*. Popayán, Colombia: Rey Gráficas.
- Goetz, J. & LeCompte, M. (1988). *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Madrid: Ediciones Morata, S.A.
- Jaramillo, A. et al. (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.
- Kapuscinski, R. (2003). *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*. México: Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, Fundación Proa, FCE.
- López, O. (2008). *Estéticas del desarraigo*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Muñoz, L. [et al.] (2013). *Cátedra Nariño/lineamientos curriculares I*. San Juan de Pasto: EDINAR.
- Kremer, H. et al. (2008). *Cinturón de fuego y otras crónicas caleñas*. Cali: Universidad Icesi.
- Ospina, W. (1986). *Aurelio Arturo. La palabra del hombre en Morada al sur*. Bogotá: Procultura S. A.
- Peri Rossi, C. (2003). *Estado de Exilio*. Madrid: Visor Libros.
- Rivera, D. (2014). *Volver para qué. Crónica sobre el desarraigo*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, Alcaldía de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana.
- Rockwell, E. (1987). Citado por: Axpe, M. (2003). *La investigación etnográfica en el campo de la educación: Una aproximación meta-analítica* (Doctoral dissertation, Universidad de La Laguna).

- Rotker, S. (2005). *La invención de la crónica*. México, F.C.E. Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano.
- Salcedo, A. (2015). *Un país de mutilados en La eterna parranda*. Bogotá: Debolsillo.
- (2015). *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas*. Bogotá: Aguilar.
- Salcedo, A. et al. (2008). Prólogo de: *Cinturón de fuego y otras crónicas caleñas*. Cali: Universidad Icesi.
- Vallejo, M. et al. (1997). Prólogo de *La crónica en Colombia: medio siglo de oro*. Colombia: Presidencia de la república.
- Villanueva, J. (2010). *El que enciende la luz ¿Qué significa escribir una crónica hoy?* En Jaramillo, A. et al. (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.
- Villoro, J. (2006). *La crónica, ornitorrinco de la prosa en Antología de crónica latinoamericana actual* (2012). Madrid: Alfaguara.
- Woods, P. (1998). Citado por: Axpe, M. (2003). *La investigación etnográfica en el campo de la educación: Una aproximación meta-analítica* (Doctoral dissertation, Universidad de La Laguna).
- Yory, C. (2007). *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Bogotá: CEJA, 1998. (Segunda edición, 2007)

## CIBERGRAFÍA

- Avilés, M. (2016). *Un perro sin pelo en la tierra de los hombres barbudos*. Recuperado de: <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2016/06/13/un-perro-sin-pelo-en-la-tierra-de-los-hombres-barbudos/>
- Bastos, M. (2013). *El pueblo que se mudó de la mina a una ciudad [pero extraña vivir junto al cobre]*. Recuperado de: <http://etiquetanegra.com.pe/articulos/el-pueblo-que-se-mudo-de-la-mina-a-una-ciudad>
- (2013). *Dejarlo todo*. Recuperado de: <http://www.revistaanfibia.com/cronica/dejarlo-todo/>
- Callegaro, et al. (2011). *La crónica latinoamericana como espacio de resistencia al periodismo hegemónico*. Recuperado de: [http://humanidades.unlam.edu.ar/descargas/4\\_A145.pdf](http://humanidades.unlam.edu.ar/descargas/4_A145.pdf)
- Chamorro, A. & Marcillo, A. (2017). Hilo de voz (crónicas de amor y des-amor en tono de YO mayor), (Tesis de Pregrado) Universidad de Nariño. Recuperado de: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/atenea/biblioteca/92299.pdf>
- Constitución Política de Colombia 1991. (2016). Recuperado de: <http://www.registraduria.gov.co/IMG/pdf/constitucion-politica-colombia-1991.pdf>
- Daza, S. (2009). *Investigación-creación un acercamiento a la investigación en las artes*. Recuperado de: <http://revistas.iberamericana.edu.co/index.php/rhpedagogicos/article/view/339>
- Escobar, A. & Ortega, N., (2015). *La crónica urbana, un medio para construir memoria a través de una mirada semiótica en la ciudad de Pasto*, (Tesis de Pregrado) Universidad de Nariño. Recuperado de:
- Guerrero, M. (2017). *Relatos, memorias e identidades de las mujeres campesinas pertenecientes al Coordinador Nacional Agrario (CNA) de Nariño – Crónicas*, (Tesis de Pregrado) Universidad de Nariño. Recuperado de: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/atenea/biblioteca/92308.pdf>
- Ministerio de Educación Nacional. (2016). *Ley 115 de Febrero 8 de 1994*. Recuperado de: [http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85906\\_archivo\\_pdf.pdf](http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85906_archivo_pdf.pdf)
- Pizarro, E. (1999). *Desplazados: factores de una cultura de desarraigo*. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-119/desplazados-factores-de-una-cultura-de-desarraigo>
- Real Academia Española. (2017). *Diccionario de la lengua española*. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=BLThYfx>
- Salcedo, A. (2016). *La crónica en 20 verbos*. Recuperado de: <https://vimeo.com/160641222>

-(2014). *Entrevista al cronista colombiano Alberto Salcedo Ramos*. Recuperado de:  
<https://www.youtube.com/watch?v=ns50rA2n5RQ>

Sarasola, J., & Hornillo, M. (2003). *El interés emergente por la narrativa como método en el ámbito socio-educativo. El caso de las historias de vida*. *Portularia: Revista de Trabajo Social* (Vol. 3, p. 373-382). Recuperado de:  
<https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/16383>

Villanueva, J. (2013). *Julio Villanueva Chang en conversandos*. Recuperado de:  
<https://www.youtube.com/watch?v=-QeCnv2d6a4>

## **ANEXOS**

**Anexo A. Fotografías de campo**

**Foto:** La parte alta de Yuracueva

**Fuente:** Esta investigación



**Foto:** Escuela antigua (Yuracueva)

**Fuente:** Esta investigación



**Foto:** El Rancho de Fernando (Yuracueva)

**Fuente:** Esta investigación



**Foto:** Muñeco (Yuracueva)

**Fuente:** Esta investigación



**Foto:** Mapa de la vereda (Yuracueva)

**Fuente:** Esta investigación



**Foto:** Vicundos (Yuracueva)

**Fuente:** Esta investigación



**Foto:** Camino principal (Yuracueva)

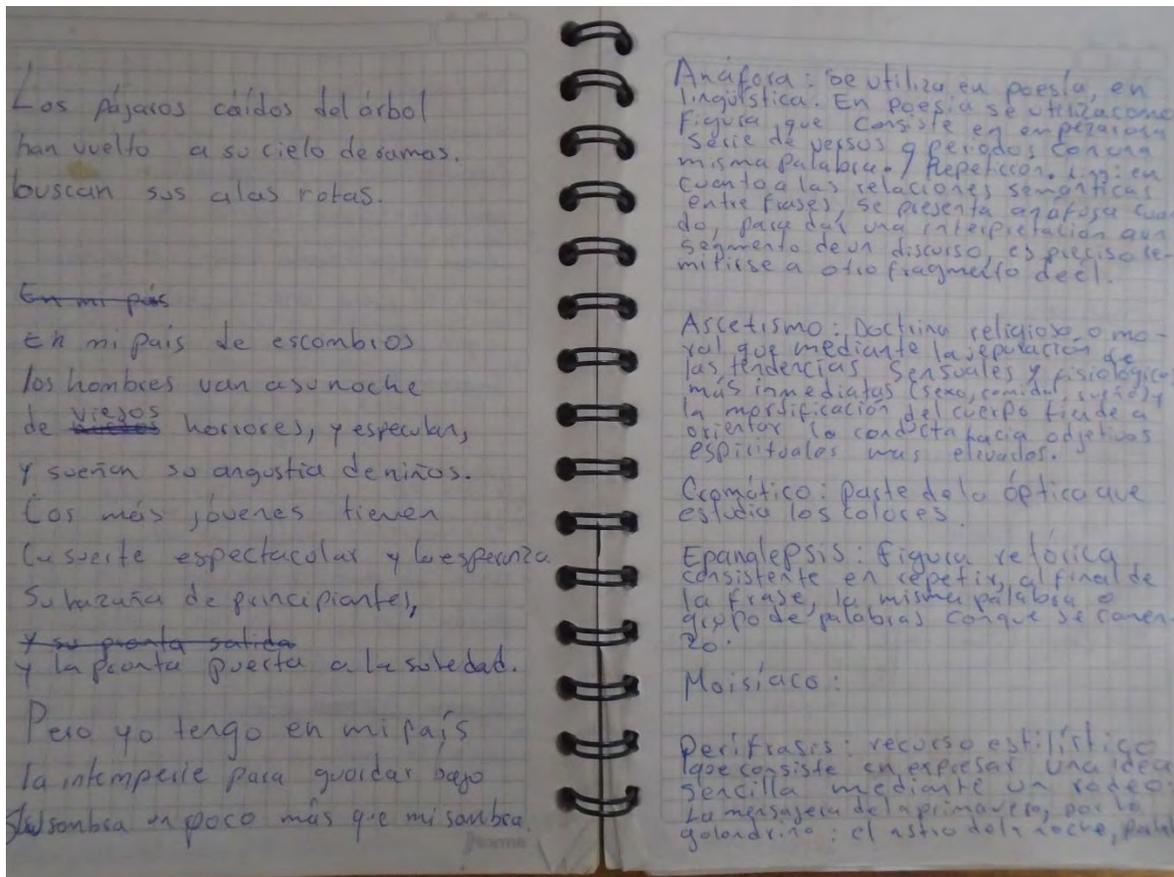
**Fuente:** Esta investigación



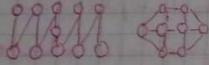
**Foto:** La banca que Benjamín le hizo a Magdalena

**Fuente:** Esta investigación

## Anexo B. Imágenes: Diario de campo



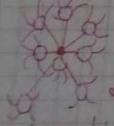
También el amor se hace  
 con lo que está cerca, los  
 caminos que la tierra traza  
 no son posibles ~~no como~~ rutas sino  
 salidas a la vida. lugares de  
 encuentro.



10-10-17

Cumplidos de mi madre.

Primer día y no he encontrado ~~la~~  
~~cas~~ el lugar exacto donde dijo  
 Gilberto que fue su casa. Era sobre  
 una ~~zona~~ elevación del terreno.

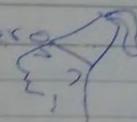
 Me la mostro después de que  
 a estudiamos sentados mirando  
 El pueblo que se va, después de  
 llevarse en sus aguas al Guatara.  
 Y después de que ~~de~~ Gilberto

mirando un arbusto con hojas  
 tas me preguntara:

- Usted conoce el árbol de  
 campanillo.
- No.
- Este es.

Benjamin es un hombre vanidoso. Su vanidad es tal que ahora que lo he visitado por última vez, pienso que me la contada y que él me ha repetido una historia ya contada pero con una diferencia: la primera vez que me la contado me dijo que se pelió con un vendedor de puerros. La segunda vez dijo que se pelearon porque la muchacha que atendía el negocio se había enamorado de él. Creo que el recuerdo haberme contado esa historia sólo que ~~no~~ obvió ese detalle, y quiso contarla de nuevo pero bien.

Fez + Sombrero



## Segunda Parte

Poema

↓  
Árbol Campanillo

↓  
Tractora.

No. \_\_\_\_\_  
Date \_\_\_\_\_  
 Hace un par de años vivimos un verano fuerte y, tengo entendido, la vereda, los habitantes del Alto Peñol fueron los que más sintieron la crisis. ~~¿cómo se enfrentó en ese momento~~ ¿qué se ha hecho desde la administración para enfrentar este tipo de situaciones?

Nueva Revisión A 08

En el pueblo, por esos días, había un nuevo deporte, lo llamaban venadiaz y consistía en matar chivos. El verano hace, también, ~~de las especies~~ nuevas especies.

Nueva Revisión A 12

Fernando sabe <sup>mucho</sup> muy bien de cabezas, de corneos de venado.

No. \_\_\_\_\_  
Date \_\_\_\_\_  
 Tiene cinco en su casa del de El Peñol. Sabe que la cabeza de la hembra no tiene cachos pero la figura es la misma que la del macho. Por lo tanto, para él, la cabeza de la hembra no tiene gracia porque no tiene cachos. Pero Candelario tiene convicción y sabe lo que Fernando no ha descubierto, le basta con señalar con el dedo y decir "esta es de macho y esta de hembra" es así y punto.

Nueva Revisión A 13

No digamos que la tierra es mala.

- Esas lomas brutas no hacen nada.
- Estas lomas brutas te matan el hambre a vos.

De fueron porque sacaron plata al batico y no pudieron pagar."

Fieritas →

Sanguitas →

Uno mira, mira y se enamora.  
 Uno no piensa mucho y coge  
 • desfitadero arriba. Apenas un  
 • camino ampliado por una maquina  
 • y su maquinista Felino.  
 • Uno tiene miedo y lo aplaca  
 con una tragiada y después el  
 miedo es otro, el miedo es  
 de rodarse por algún desbar-  
 rancadero a causa de la borrache-  
 ra. Mientras tanto ~~en el tote~~  
 una chaga de maíz sigue en  
 la memoria y uno está enamorado.

madre de Jefferson Martínez

Pánfilo, Prometeico

Pánfilo → Muy Pausado, flojo  
 y tardo en obrar.

Tornasol →

## La invención de la crónica.

Crónistas poco conocidos hasta los  
90s Lemebel y José Roberto Dueque

Crónicas y crónicas;

Carlos Fuentes  
José Emilio Pacheco.  
Sud Marcos.

Añadir en la definición de  
Crónica:

Esta separación tiene como tras-  
fondo, por un lado, difundidos estere-  
otipos acerca de la "literatura pura",  
de los géneros o del trabajo asalariado  
como incapaz de producir obras de arte;  
y, por otro lado, el prototipo del arte  
verdadero como consumo reservado a  
las élites, en detrimento de lo que  
parece inherente al masivo.

## Agencia biográfica

Rotker, S. (2005) La invención de la crónica.  
México, FCE Fondo de Cultura Económica,  
Fundación para un Nuevo Periodismo  
Iberoamericano.

## Camilo Orbes

Los sindaguas: primeros cortes  
talacios de América.

972.93

0725



"La provincia de los sindaguas  
estuvo situada entre la cordillera  
el río Iscuandé, la isla de Gorgo  
y el río de Magüi."

P36

No.

Date

"Los antiguos caminos de los caribes pudieron ser: el Orinoco, el Magdalena, el Atrato y el San Juan. Los Andes nariñenses fueron conquistados por los antiguos hijos del Brasil y de las Antillas por medio del Río Patía. Por esa vía fluvial llegaron los mayas y caribes a El Peñol, Sotomayor, Sardoná, Tabiles Linacés y samaniego!" P 48

Bocagrande o Trujillo era Uxmal, en recuerdo de la ciudad Maya de Yucatán.

El mismo río por el que los sinaguas pasearon su aspereza de indios ~~que~~ según José Rafael Zanudo, y su pasado Maya, que según José Rafael Zanudo "Toca en los límites de la certidumbre". P 53 Orbes,



No. \_\_\_\_\_  
Date \_\_\_\_\_  
El nuevo periodismo legó en sus obras diversos ejemplos de riqueza literaria que se sustentaba en su construcción de escenas, detalles, diálogos y personajes.

En el reportaje se puede utilizar el narrador omnisciente, pero con cierto riesgo. Es más acertado utilizar el narrador omnisciente neutral. El último se abstiene de opinar.

P: 275: "Este cambio de actitud — común tanto a los new journalist norteamericanos como a los nuevos periodistas europeos coetáneos —, además de poner en entredicho los principios éticos e ideológicos del periodismo ortodoxo, se traducía a la hora de escribir

### Nueva revisión A 04

El lugar con ojitos de agua que Ramón Fajardo cerco se llamaba El Totoco.

### Nueva revisión A 05

Hace casi 50 años en El Peñol hubo un desplazamiento colectivo de ~~casi~~ alrededor de 150 personas. Dejaron sus tierras a raíz de la escases del agua. Hoy ¿cómo está el municipio con respecto a ese tema?

### Nueva revisión A 06

Mientras tanto en cada casa, encaba carro, en cada esquina, una discoteca sucede en cada hombre. Pero Candelario está cansado o tiene

→ Hacer:

Visitar Alcalde x ✓  
 Biblioteca  
 Párroco x  
 Cementerio - Urbanizar  
 Pedro Mena ✓

315

Juan Luis Guerra

Un pintor es un hombre que sospecha

Pedro Sospechó lo que yo era.  
 Al menos eso me pareció cuando me presentó ante él.

- Don Pedro?
- Aquí tiene a don Pedro.
- Mucha gusto to soy.
- Así Ah sí, sí, sí.

El sábado ~~era~~ realicé la grabación

"Buscando en un cigarrillo la paz que  
te quita la jornada de un carro que  
no vigja a su vereda"

"Don Bolivar el de la china, es portador de  
malas noticias"

Son las 14:00 horas del do-  
mingo y reviso el material grabado.

"Dos horas y ni uno no alzaba"

"No somos fuimos, a buscar mas mulos,  
era mas ~~cuatro~~"

"Las mulas se perdieron, 3 mulas y un  
caballo."

"Yo les dije allá no los acompaño,  
eso gente es jodida"

Min 33"

"Nos fuimos a pie por acá, por  
puerto Rico, es un día de camino  
brenjalado, pasamos por puerto Rico.."

Min 34:58

San Juanito, alta Mira...  
por esa arriero de 14 mulas.

tercer encuentro con el.

"Cada quien tiene su ciencia cada quien tiene su habilidad que Dios le da."

"Yo conocí más de mil mujeres"

"Sobreviví a la masacre del Tigre"

"Y a una balacera que desbarató la casa de madera en que estábamos"

"Uno tiene que andar con su protección: un diente de ajo gecho y una cruz de plomo."

"Hola chiquillo, tranquilo chiquillo, tóme se una cerveza chiquillo."

Fue difícil: Quería renunciar después esto de la crítica y descansar, volver a mi casa y recostarme sin que nada me aborreciera, sin una preocupación que me diga qué hacer.

Leí "Ética de una Humillación" de Salcedo Riano y dejé así. Volví a mi casa, salí a almorzar a mi casa vieja. Me esperaba mi madre, le dije que estaba cansado y me dijo "¡ánimo!" y le hice caso y salí volando a la Verdad de la toma en El Peñol. Me fue bien con doña María.

~~Soledad~~

\* El tema del agua es inhumano, no se piensa en el otro.

\* Unos decían: "que vayan a traer agua al galeras"

"El agua es para negro"

"Después nadie los saca"

- Y lo más terrible fue cuando el que lideraba dijo: Los que estén de acuerdo con ceder el agua que se hagan al otro lado, vayan al rincón. Yo vete al otro lado, el lado de la abada, esperando que empiece a llover pero nadie fue.

07-07-17

## Extravío de crónica

Los chicos de Meuco Tulo no extrañan la soledad-presencia porque solo la ausencia les dio la libertad para volverse mentu- nos.

04-07-17

## Sobre El arraigo

¿o será que el arraigo como tal no nos habla, como quería Tuan del "andago" a un lugar, al cual supuestamente "pertenece" sino más bien al propio habitat en el que el ser siempre está de camino.?

P #5

## Nota al pie : #25

Musserl entiende el "mundo de la vida" como el universo de la actuación del hombre conforme a fines espirituales. Nada no será entonces un mero "fisiologismo" ni mucho menos una "idea psicologizada" sino la propia posibilidad que el espíritu tiene de "crear cultura" en el sentido más am- plio del "única" y posibilidad histórica.

P #7

050717  
Extravío - Sobre los lobos.

Una huella me dice que ha pasado un perro. Al día siguiente don Carlos me dice que son lobos. El lector podrá creer que la biodiversidad y la selva pero es más bien la desverguenza de nosotros habitar corrosivo e l que hace a los animales ilusiones.